



Los **CUENTOS** de la **MEDNIGHT**

Edición Junior



MEDNIGHT

2024



Funded by
the European Union

**Los
CUENTOS
de la
MEDNIGHT**

Edición Junior

EDITORES:

María del Carmen Perea Marco

Fundación Museo Didáctico e Interactivo de Ciencias de la Vega Baja de Segura de la Comunitat Valenciana-MUDIC

Ricardo Domínguez Jover

El Caleidoscopio Proyectos de Ciencia y Cultura S.L.

DOI: Pending

Publicación incluida en el Proyecto Europeo "Mediterranean Researchers' Night" 2024-2025, del programa Horizonte Europa, Acciones Maria Skłodowska-Curie y Ciudadanía, con acuerdo de subvención 101162227.

GRUPO DE TRABAJO:

Fernanda Bajanca (CHUT/MCAA)	Rocío Barrio Martín (CIEMAT)
Francisco Conca Pardo (MUDIC-VBS-CV)	María Cepeda Hermida (CIEMAT)
Rosa Martínez Martínez (MUDIC-VBS-CV)	María García Bravo (CIEMAT)
Janani Morena García (El Caleidoscopio)	Mareike Kiwitt (CIEMAT)
Diego Rodríguez López (El Caleidoscopio)	Cristina Martín Pérez (CIEMAT)
Berenice Bernal Juárez (MCAA)	Jesús Puerta Pelayo (CIEMAT)
Antonio Calero (Consellería de Educación, GVA)	Nieves Rodríguez Villagra (CIEMAT)
Silvia Caselles (Consellería de Educación, GVA)	María Gema San Vicente Domingo (CIEMAT)
Ana Mas (Consellería de Educación, GVA)	Pilar Borraz Rozas (EDUCARM)
Antonia Moreno (Consellería de Educación, GVA)	José Domínguez (Servicio de Salud, CARM)
Montse Noguera Valero MUDIC-VBS-CV)	Carmen Gutiérrez Marcos

TRADUCCIONES

María Guerrero (MCAA)	José Domínguez (Servicio de Salud, CARM)
David Martín (MCAA)	Jesús Puerta Pelayo (CIEMAT)

SÍGUENOS EN:

 <https://www.youtube.com/@mednighteu>
 <https://twitter.com/MednightEu>
 <https://www.facebook.com/MednightScience>
 <https://www.instagram.com/mednighteu/>



CC BY-NC-SA 4.0 Bienes comunes creativos
Atribución-No Comercial-Compartir Igual 4.0
Internacional

Noviembre 2024

Los CUENTOS de la MEDNIGHT

Edición Junior

Nu'usha: El pájaro siniestro

por *Hager Chaouch*

Los exploradores de los alimentos

por *Samira Smajlović*

Los susurros del Mediterráneo: el viaje de Sofía

por *Sophia Kourapidi*

La pequeña niña y la Luna

por *Marie-Sarah Cabrillac*

Nace un investigador

por *Marina Thalassini*

Como dos mariposas

por *Gaspare Benenati*

El que busca, encuentra

por *Marco Zaccari*

Los Guardianes del Mar

por *Sonia Revelo Prieto*

La Tierra que estaba triste

por *María Elena Carra Artero*

El despertar de Irene

por *Sara García de Pablo*

El secreto del Olivo

por *Dursaliye Şahan*

ILUSTRACIONES DE **LUCÍA ROLDÁN CASELLES**

ÍNDICE

Nu'usha: El pájaro siniestro.....	5
Los exploradores de los Alimentos.....	10
Los susurros del Mediterráneo: El viaje de Sofía.....	16
La pequeña niña y la Luna.....	22
Nace un investigador.....	26
Como dos mariposas.....	33
El que busca, encuentra.....	37
Los Guardianes del mar.....	42
La Tierra que estaba triste.....	49
El despertar de Irene.....	55
El secreto del Olivo.....	61

1

**Nu'usha:
El pájaro siniestro**

Hager Chaouch



Kenza estaba sentada frente al televisor, cogida tiernamente del brazo de su madre, viendo un programa diario en el que trataban temas relevantes de la vida cotidiana. De repente, el presentador del programa comenzó a hablar de una historia aterradora ocurrida en Túnez centrada en un pájaro conocido como "Nu'usha" (el pájaro siniestro). El presentador continuó hablando de cuentos populares contados por ancianas que describían al pájaro como una criatura horrible, que sembraba el temor entre la gente. Kenza se incorporó de repente, completamente atrapada en este misterioso y aterrador pájaro.

“Mamá, ¿qué es Nu'usha?”, preguntó dubitativa.

Su madre la miró sorprendida y respondió brevemente: “es solo un mito. Ahora ve a tu cuarto y juega con tus juguetes”.

Sin embargo, lo que el presentador dijo sobre este pájaro aterrador se quedó grabado en la mente de la pequeña incluso después de que su madre desestimara su pregunta. Nadie respondió a su curiosidad, dejándola insatisfecha.

Un día de verano, Kenza acompañó a sus padres a visitar la casa de su abuela en el campo. Ésta los acogió calurosamente, después de estar esperando su llegada con impaciencia. La casa estaba llena de los alegres sonidos de los miembros de la familia y Kenza disfrutaba de la compañía de sus primos. Sin embargo, a medida que el sol empezaba a ponerse, se empezaron a escuchar sonidos entremezclados de pájaros que volvían a sus nidos.

El ambiente alegre que había, cambió de repente cuando su abuela oyó ese lúgubre sonido: “hoooo hooooo hooo”. Su rostro se volvió serio y gritó:

“¡Niños, entrad! ¡Viene el Nu'usha! ¿Dónde está el viejo colador?”

Kenza se quedó inmóvil. ¡Escuchó ese nombre otra vez! Y recordó la mención de esa criatura en el programa de televisión.

“Dios mío, ¿quién es ese Nu'usha? Hasta mi abuela lo teme” se pregunta asustada, pero el tono urgente de su abuela interrumpió sus pensamientos.

“¡Kenza, entra!” la voz de su abuela la sacó de su trance.

Mientras los niños entraban corriendo a la casa, la curiosidad de Kenza crecía. Finalmente, se armó de valor y le preguntó a su abuela: “abuela, ¿quién es Nu'usha?”.

Su abuela suspiró profundamente antes de responder: “Nu'usha es una criatura aterradora, más grande que un búho, que se alimenta de niños. Les succiona el aliento mientras duermen y, a veces, les provoca la muerte por asfixia. Se dice que es el pájaro de la muerte y que solo trae desdicha”.

Kenza estaba igual de asustada que de intrigada por lo que acababa de describir su abuela. Los demás niños se acurrucaron a su alrededor, con un miedo que crecía a medida que avanzaba la escalofriante historia.



“Pero abuela...” interrumpió Kenza de repente, “¿por qué nos pediste el viejo colador? ¿por qué nos pediste que entráramos? Mi madre me dijo que Nu'usha es solo un mito...” refiriéndose a la extraña petición que su abuela había hecho cuando gritó a los niños que entraran.

Su abuela, claramente cansada de la conversación, suspiró y se enderezó en su asiento: “el colador sirve para protegernos del mal de ese pájaro”, murmuró, con los ojos entrecerrados, reflejo de su cansancio. “Aunque sea solo un mito, esta historia se ha transmitido de nuestros ancestros para advertirnos de los peligros. No sé nada más que eso”.

Al oír la conversación, la madre de Kenza intervino: “basta, Kenza, ya has hecho demasiadas preguntas por hoy” dijo, intentando calmar la situación. Sin embargo, el tono firme de su madre no hizo más que aumentar la frustración de Kenza, sobre todo porque no era la primera vez que su madre desestimaba sus preguntas sobre el Nu'usha.

Al ver esto, la madre de Kenza se volvió hacia ella con un claro tono de arrepentimiento en su voz. Se había dado cuenta de su error al ignorar la curiosidad de su hija y, cogiendo con ternura la mano de la pequeña Kenza, sugirió: “vamos a hablar al jardín”.

“Mamá, pronto se pondrá el sol y el pájaro nos estará esperando” respondió Kenza con voz vacilante, aferrándose todavía al miedo que la historia había sembrado en su mente.

“Vamos, no tengas miedo”, le aseguró su madre, “yo te protegeré”.

Las dos se sentaron en un viejo banco de madera bajo una morera, Kenza apoyó la cabeza en el regazo de su madre. Su madre empezó a hablar suavemente:

“Kenza, siento lo que pasó ayer. Estoy orgullosa de tu curiosidad y amor por el conocimiento, pero no supe manejarlo adecuadamente. No siempre tengo todas las respuestas, pero lo importante es que compartas contigo lo que sé”.

Continuó: “la historia que te contó tu abuela y lo que viste en la televisión no son más que cuentos populares, mitos creados para asustar a los niños. El Nu'usha es solo un pájaro, no un monstruo. El pájaro que la gente teme es un búho, el "Búho chico", conocido en francés como "Hibou moyen-duc". Es un pájaro como cualquier otro, cuya única culpa es que se ve y suena aterrador”

“Entonces, ¿es solo un búho?”

Sí, suele encontrarse en el norte y el sur de Túnez. Desempeña un papel muy importante en el mantenimiento del equilibrio ecológico ya que caza roedores y otras pequeñas criaturas como serpientes, que son el verdadero peligro para la agricultura.



Por desgracia, este pájaro ha sido culpado injustamente por las muertes de niños en los cuentos populares. Debemos protegerlo de la caza ilegal en los bosques, ya que ahora es una especie en peligro de extinción.

“Pero mamá” preguntó Kenza, “¿la gente lo caza para comer? ¿está rico?”

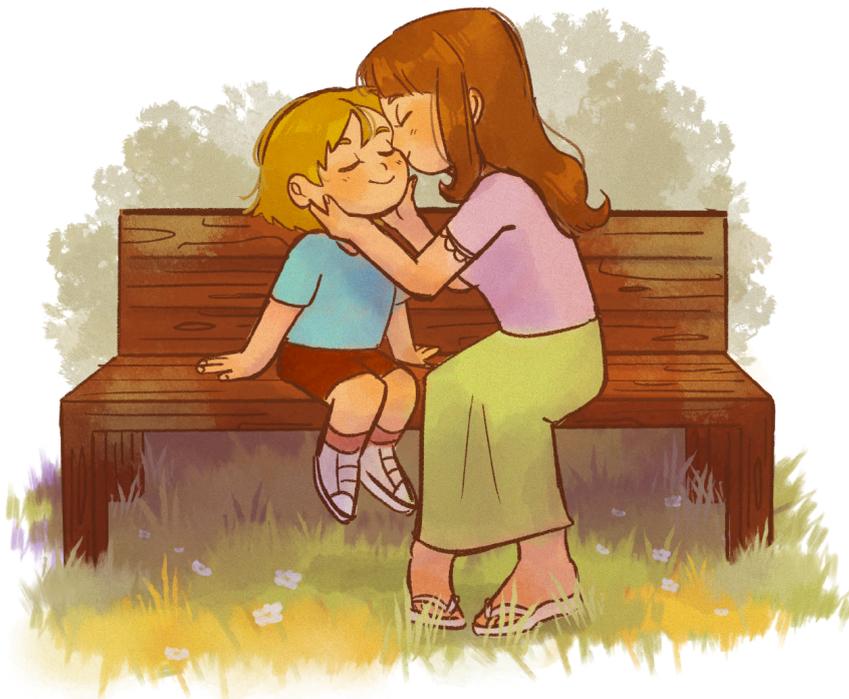
“No, cariño” respondió su madre riendo. “La gente cree que su sangre tiene propiedades mágicas y puede curar enfermedades como la lepra y otros problemas de piel, como el albinismo, el herpes zóster e incluso tratar el cáncer de piel. Esta creencia, firmemente arraigada en la mente de algunas personas, no tiene nada que ver con la medicina o la farmacología; y estas supersticiones impactan negativamente en la sociedad.

Agotar este pájaro cazándolo en exceso, incluso durante sus épocas de cría, desequilibraría el sistema natural y la biodiversidad del país; algo verdaderamente triste”.

La madre de Kenza sacudió la cabeza con tristeza mientras hablaba del daño que estos cuentos estaban causando, llevando a la especie de búho al borde de la extinción debido a su caza ilegal. Cuanto más aprendía Kenza, más decidida estaba a proteger a esa incomprendida criatura.

“Mamá, por favor, no estés triste, te prometo que cuando sea mayor...”, declaró Kenza con entusiasmo, “¡seré experta en aves y protegeré a los Nu'usha de los cazadores!”.

Su madre sonrió y le dio un beso en la mejilla, feliz de ver a su hija tan apasionada por la naturaleza.



2

Los exploradores de los Alimentos

Samira Smajlović



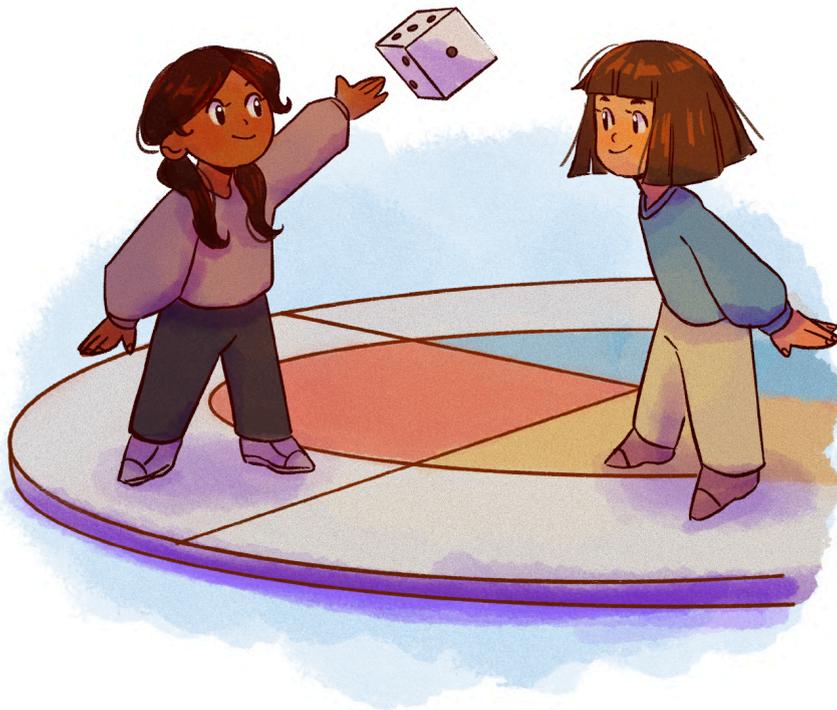
Érase una vez, en una tierra llamada Alimencia, llena de coloridas verduras, jugosas frutas y encantados cereales, vivía un grupo de pequeños amigos. Se llamaban los Exploradores de los Alimentos y, por supuesto, les encantaba explorar, descubrir y aprender cosas nuevas a través de las aventuras que vivían cada día. Un día soleado, mientras los Exploradores de los Alimentos se reunían por la tarde, notaron que su amiga Fátima parecía triste y cansada. A pesar de haber dormido bien, le faltaba energía para disfrutar del día. Parecía que algo estaba afectando negativamente a su vida cotidiana. Preocupados por el bienestar de su amiga, los Exploradores de los Alimentos decidieron investigar sobre qué podría estar causando ese cansancio que tenía Fátima.

Normalmente, pensaban, los niños pequeños siempre están llenos de energía y en constante movimiento, explorando el mundo que los rodea. Sin embargo, también sabían que a veces los niños pueden sentirse cansados y sin energía para hacer sus actividades diarias. Así que, tras pensarlo detenidamente, concluyeron que, si no era el sueño lo que causaba el cansancio, entonces debía ser la dieta. Porque, ¿qué otra cosa más hacen los niños pequeños que aún no van al colegio sino comer, jugar, dormir y repetir lo mismo durante el resto del día? Entonces, decidieron sacar sus lupas y examinar la comida que había estado comiendo Fátima. Comenzaron a darse cuenta de que, aunque el plato de Fátima estaba lleno de alimentos coloridos, les faltaba diversidad y equilibrio. Los Exploradores de los Alimentos concluyeron que la dieta de Fátima, baja en nutrientes esenciales, podría ser la causa de su cansancio.



Así que se pusieron a pensar e idearon un plan para ayudar a Fátima. En primer lugar, fueron a la biblioteca a investigar sobre la nutrición de los niños pequeños. Aprendieron que los niños necesitan una dieta equilibrada y variada que incluya frutas, verduras, cereales, proteínas y productos lácteos. Descubrieron que cada grupo de alimentos aporta nutrientes esenciales necesarios para el crecimiento y desarrollo. Los nutrientes esenciales como las vitaminas, los minerales y la fibra desempeñan un papel crucial en el mantenimiento de unos niveles óptimos de salud y energía. Las frutas y verduras, por ejemplo, son ricas en vitaminas esenciales para el buen funcionamiento del organismo. El Sr. Tomate, por ejemplo, es una simpática fruta roja con un alto contenido en vitamina C, esencial para mantener la piel sana y un sistema inmunológico fuerte. Por otro lado, comerse a la Sra. Zanahoria, una verdura de color naranja vibrante, cuyas jugosas entrañas están llenas de betacaroteno, ayuda a mejorar la vista, según aprendieron.

Los Exploradores de los Alimentos estaban impacientes por compartir sus descubrimientos con Fátima, pero querían hacerlo de una manera divertida y atractiva. Así que crearon un juego llamado “La Aventura de la Alegría Nutritiva”. Diseñaron un tablero de colores que parecía un plato gigante, dividido en secciones que representaban los distintos grupos de alimentos. Por turnos, los amigos tiraban los dados y movían sus fichas por el tablero. Cada vez que caían en un grupo de alimentos, tenían que recitar un poema divertido sobre los beneficios de ese grupo. Por ejemplo, cuando caían en las frutas, recitaban:



*Manzanas, plátanos y naranjas brillantes,
¡Las frutas son una delicia de colores vibrantes!
Ricas en vitaminas y fibra especial,
¡Para tener un cuerpo fuerte y un día genial!*

A través del juego, los Exploradores de los Alimentos no solo se divertían, sino que también enseñaban a Fátima la importancia de comer alimentos variados. Hicieron hincapié en que cada grupo de alimentos tiene un papel vital en el aporte de nutrientes esenciales para su organismo. Inspirada por sus amigos, Fátima se entusiasmó con la idea de probar nuevos alimentos. Los Exploradores de los Alimentos decidieron presentarle frutas y verduras que nunca antes había probado. Así, emprendieron un viaje mágico para conocerlas y aprender sobre la importancia de comer alimentos locales y de temporada.

Fueron de excursión a una granja local donde recogieron productos frescos y observaron los beneficios de los métodos de agricultura ecológica. Allí vivía una pareja de ancianos que amaba la comida y la salud de los niños. Estaban en constante búsqueda de nuevas maneras de garantizar que los niños del pueblo recibieran la mejor nutrición posible. Crearon un pequeño colegio en el pueblo donde enseñaban a los niños sobre los nutrientes y la importancia de una dieta saludable. También les enseñaban cómo preparar comidas sencillas y nutritivas que aportaban todos los nutrientes esenciales que necesitaban. Cada alimento nuevo que probaba Fátima, lo calificaba utilizando una tabla sensorial que los Exploradores de Alimentos y la pareja de ancianos habían creado. Anotaban los sabores, las texturas y los colores de cada alimento, animando a Fátima a expresar sus opiniones y preferencias.

Mientras recorrían la granja, los niños se encontraron con un viejo sabio llamado Yusuf. Yusuf había vivido en Alimencia durante casi un siglo y había sido testigo del cambio de las estaciones y de la abundancia de los regalos de la naturaleza. Yusuf los saludó cálidamente y compartió con todos sus vastos conocimientos sobre la magia de los alimentos de temporada y local. “Niños” dijo “comer alimentos de temporada y locales no es solo bueno para el organismo, sino que también ayuda a proteger a nuestro medio ambiente y apoya a los agricultores locales”. Los niños quedaron fascinados con las palabras de Yusuf y le pidieron que les contara más detalles. Yusuf sonrió y continuó “Imaginaos las cuatro estaciones como un gran banquete” él dijo. “Cada estación nos brinda una gran variedad de frutas y verduras, como los distintos platos de un banquete”. “En primavera” él continuó “la naturaleza despierta y los espárragos frescos y crujientes, las jugosas fresas y los vibrantes guisantes

verdes hacen su aparición. Estos alimentos nos proporcionaban los nutrientes necesarios para crecer y prosperar”.

Los ojos de los niños se abrieron de emoción mientras Yusuf describía la abundancia del verano. “El verano nos trae una deliciosa variedad de frutas, como las succulentas sandías, las dulces cerezas y los dorados melocotones”, dijo. “Estos refrescantes manjares nos mantienen hidratados y nos dan energía para las aventuras al aire libre”. A medida que avanzaba la historia, Yusuf pintó un cuadro de la cosecha de otoño. “El otoño”, explicó, “nos regala una gran cantidad de calabazas terrosas, de manzanas crujientes y de pimientos de colores. Estos alimentos nos ayudan a prepararnos para los meses más fríos y nos mantienen sanos”. Por último, Yusuf llegó al gran final de su relato: el invierno. “El invierno puede parecer hostil, pero ofrece unos tesoros muy especiales”, reveló. “Disfrutad de las reconfortantes sopas calientes hechas con tubérculos como las zanahorias y las patatas. Probad los acogedores platos elaborados con verduras de invierno como la col rizada y las espinacas”. Los niños se quedaron embelesados con la narración de Yusuf y no veían la hora de abrazar la sabiduría que compartía. Con el corazón lleno de gratitud y emoción, se despidieron de Yusuf sabiendo que su viaje no había hecho más que empezar.



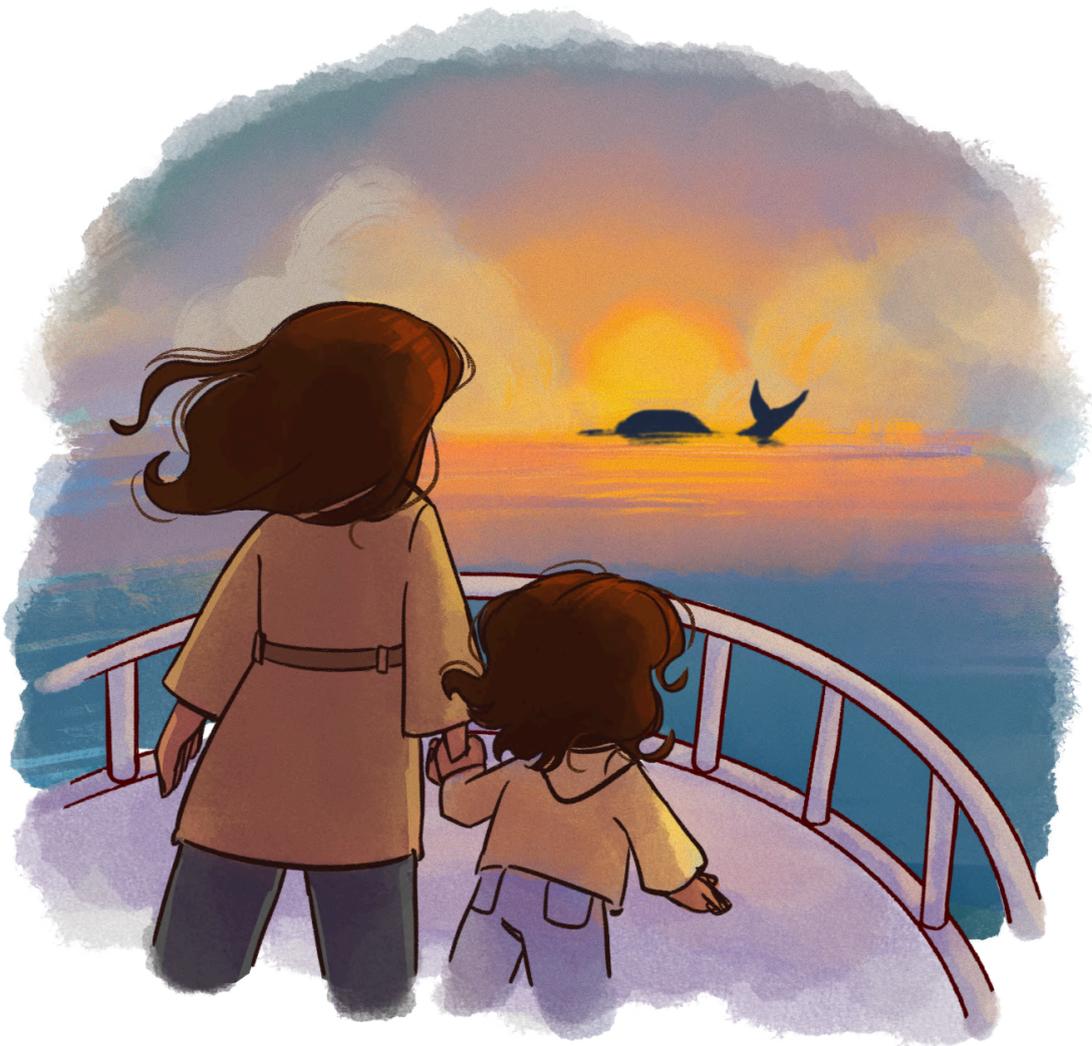
Pronto, el plato de Fátima empezó a llenarse de una gran variedad de alimentos nutritivos. También había incorporado cereales integrales como el arroz y la quinoa (pseudocereal), proteínas magras como el pollo y el pescado, y productos lácteos como el yogur y el queso. Los Exploradores de los Alimentos la ayudaron a entender la importancia de seguir una dieta equilibrada y cómo ésta le daría la energía necesaria para explorar, aprender y jugar. A medida que la dieta de Fátima mejoraba, también lo hacían sus niveles de energía. Se sentía más entusiasmada y activa, y se unió a los Exploradores de los Alimentos en sus diversas expediciones y experimentos. Sus pequeños amigos estaban encantados de ver el impacto positivo que su espíritu investigador y su dedicación habían tenido en el bienestar de Fátima. Disfrutaban de los sabores siempre cambiantes de cada estación y aprendieron a apreciar la conexión entre la comida, la naturaleza y su propio bienestar.

El cuento de los Exploradores de los Alimentos sobre la dieta y la nutrición de los niños tuvo un profundo impacto en todos los miembros de su comunidad. Padres y cuidadores empezaron a incorporar el juego de “La Aventura de la Alegría Nutritiva” a sus rutinas diarias, haciendo que la hora de comer fuera emocionante y educativa. Y así, en la tierra de las aventuras científicas, los Exploradores de los Alimentos siguieron difundiendo la importancia de una dieta equilibrada y una nutrición adecuada entre los niños pequeños. Tuvieron un impacto duradero en la salud y el bienestar de los niños de todo el mundo.

3

Los susurros del Mediterráneo: El viaje de Sofía

Sophia Kourapidi



El corazón de Sofía latía con fuerza mientras subía a la cubierta del majestuoso barco de la mano de su madre fuertemente apretada contra la suya. Las brillantes aguas azules del Mediterráneo se extendían ante ellas, tentadoras y misteriosas. A Sofía siempre le había fascinado el mar, pero nunca pensó que tendría la oportunidad de explorarlo tan de cerca.

“¿Estás lista, querida?” preguntó su madre, con su cabello oscuro agitado por la brisa marina.

Sofía asintió entusiasmada, con el pelo rizado rebotando de emoción. No podía creer que fuera a viajar por el Mediterráneo en el barco en el que trabajaba su madre como bióloga marina. Era un sueño hecho realidad.

Al instalarse en su camarote, los ojos de Sofía se dirigieron a la escotilla, donde podía ver las suaves olas golpeando el barco. Imaginaba a todas las criaturas que vivían bajo la superficie, y su corazón latía de ilusión.

“Vamos, exploremos el barco”, dijo su madre, interrumpiendo sus pensamientos.

Sofía siguió a su madre por las escaleras hasta la cubierta principal. El barco bullía de actividad mientras la gente se apresuraba a prepararse para el viaje. Los ojos de Sofía se abrieron de par en par al ver la enormidad del barco.



“Wow”, exclamó cuando su madre la condujo hasta la barandilla.

“¿No es magnífico?” dijo su madre con los ojos brillando de orgullo.

Sofía no pudo evitar estar de acuerdo. El barco no se parecía a nada que hubiera visto antes. Ya podía sentir la aventura gestándose en el aire.

Cuando el barco zarpó, Sofía y su madre permanecieron de pie junto a la barandilla, observando cómo la tierra desaparecía lentamente en el horizonte. El corazón de Sofía latía tanto por la emoción como por nerviosismo que sentía. Nunca antes había estado en un barco, pero estaba preparada para lo que se venía.

Cuando el sol empezó a ponerse, el cielo se convirtió en un lienzo rosa, morado y naranja. Sofía se apoyó en la barandilla, hipnotizada por los hermosos colores. De repente, notó que algo se movía en el agua.

“Mira, mamá”, exclamó, señalando el agua.

Los ojos de su madre siguieron su mirada, y sonrió. A lo lejos, una gran ballena nadaba junto al barco, con su elegante cuerpo deslizándose sin esfuerzo por el agua.

“Wow, qué criatura tan hermosa”, dijo su madre con voz llena de asombro.

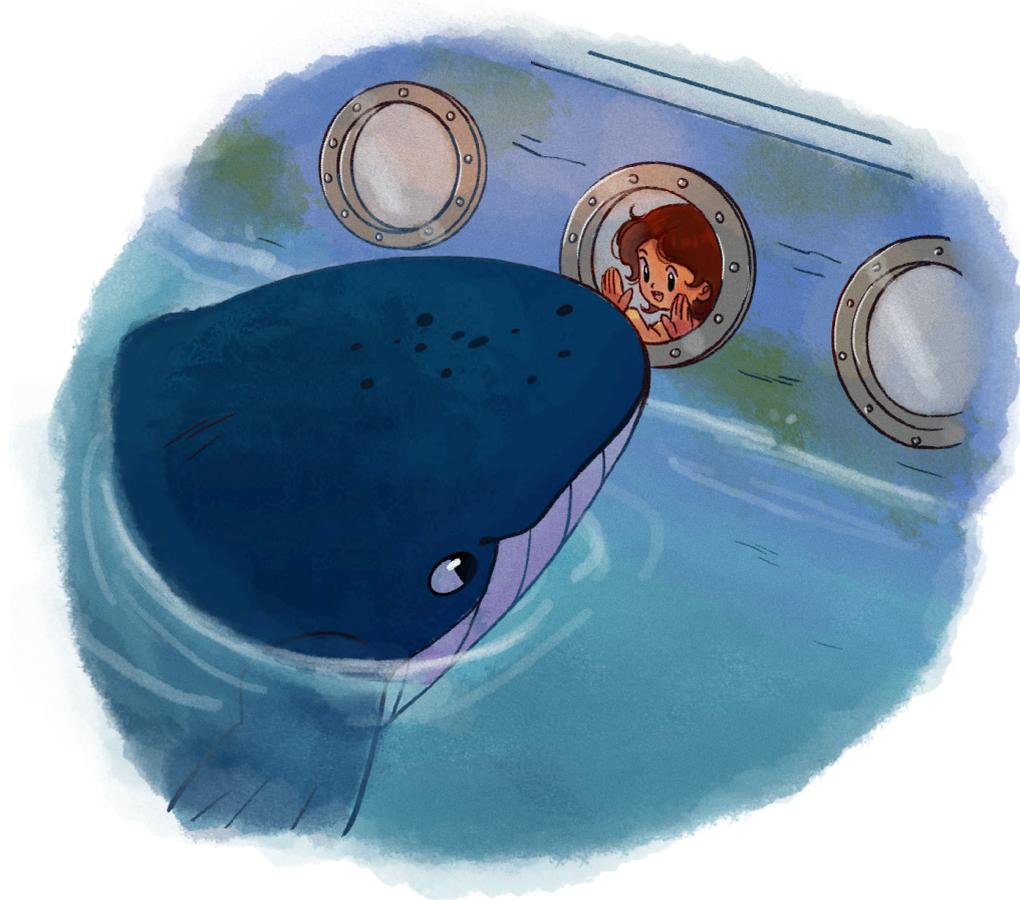
Los ojos de Sofía se abrieron completamente mientras la majestuosa ballena emergía del océano, con movimientos tan gráciles que parecían de un ballet coreografiado. Se sintió invadida por una mezcla de serenidad y emoción al darse cuenta de que este encuentro con una criatura tan magnífica sería una experiencia inolvidable.

Mientras el barco navegaba durante la noche, Sofía y su madre se retiraron a su camarote que estaba situado en la parte inferior del barco. Desde la escotilla, podían ver pasar las oscuras profundidades del mar, iluminadas por los ocasionales destellos de las criaturas bioluminiscentes.

Sofía estaba demasiado emocionada para dormir, así que se quedó despierta, escuchando el sonido de las olas chocando contra el casco del barco. Estaba impaciente por ver lo que le depararía el día siguiente.

De repente, escuchó un tarareo y trató de averiguar de dónde venía. Al mirar por la escotilla, allí estaba. La ballena estaba frente a ella, canturreando y golpeando el cristal de la ventana con su nariz. Sofía, entusiasmada, extendió su mano y tocó la nariz de la ballena a través de la ventana.

El profundo y melódico canturreo de la ballena pareció resonar en el pecho de Sofía, como un eco de los misterios del océano. Cuando miró a los ojos a la ballena, sintió una conexión más allá de las palabras, un entendimiento silencioso que pasaba entre ellas. La presencia de la ballena le pareció antigua y sabia, como si guardara los secretos del mar en su propio ser.



De repente, el tarareo de la ballena se transformó en una serie de chasquidos y silbidos intrincados, casi como una canción. Sofía escuchó atentamente, sintiendo una sensación de urgencia en la comunicación de la criatura. Era como si la ballena tuviera un mensaje importante que transmitir, algo vital que necesitaba ser escuchado.

Y entonces, la ballena comenzó a hablar.

“Hola, Sofía, ¿cómo estás?”

“¡Estoy genial!” respondió Sofía con los ojos brillantes, “¿Cómo estás tú?”

“Bien, aunque las cosas se están volviendo cada vez más difíciles para los que vivimos aquí.”

“¿Y eso?” Sofía se preguntó. “Yo creo que vivís en el hábitat más hermoso del mundo, el mar Mediterráneo.”

“Es cierto,” respondió la ballena en un tono triste. “Por eso es aún más triste ver cómo se destruye.”

“¿A qué te refieres?” preguntó Sofía con voz miedosa.

“El calentamiento global es una gran amenaza y tiene efectos graves en la vida marina.”

“¿Qué es el calentamiento global?” preguntó Sofía curiosa.

“El calentamiento global es el fenómeno mediante el cual la temperatura de nuestro planeta aumenta cada año.”

“¿Y por qué ocurre esto? ¿Por qué sube la temperatura?” preguntó Sofía.

“Cuando se quema carbón, petróleo o gas para hacer electricidad, conducir automóviles o hacer funcionar fábricas, se crean gases especiales. Estos gases suben al cielo y cubren la tierra como una manta. Esta manta atrapa más el calor del sol, haciendo que la Tierra se caliente más de lo que debería. Por lo tanto, el calentamiento global es como si la manta que cubre la Tierra se hiciera demasiado gruesa y calentara demasiado el planeta.

Del mismo modo que tú pasas calor si llevas demasiadas mantas, la Tierra se calienta más si tiene demasiados de estos gases. Este exceso de calor puede alterar el clima, derretir los polos y dificultar la vida de las plantas, los animales y las personas.”

“Vaya, que miedo”, murmuró Sofía mientras escuchaba a la ballena hablar sobre el calentamiento global y sus efectos en el planeta. Le habló del deshielo de los casquetes polares, la alteración de los patrones migratorios y del blanqueamiento de los arrecifes de coral.

“¿Hay algo que los humanos podamos hacer para detener el calentamiento global?”

“¡Claro que sí! Podéis ayudar usando menos carbón, petróleo y gas, y usar en su lugar el viento y el sol para producir energía. Así, mantendríais la Tierra cómoda para todos. De lo contrario, si la temperatura sigue aumentando, mi especie y muchas otras no podrán sobrevivir en este mundo por mucho más tiempo.”

Con un poderoso golpe de cola, la ballena se sumergió en las oscuras aguas del Mediterráneo. Sofía se quedó allí, mirando por la escotilla y pensando en las palabras de la ballena, hasta que sus ojos se volvieron pesados y se quedó profundamente dormida.

Al día siguiente, Sofía se despertó emocionada y salió corriendo en busca de su madre. Le contó la historia de la ballena y todo lo que había aprendido de ese encuentro. Le habló del cambio climático y del calentamiento global y le preguntó sobre qué se podía hacer.

Su madre escuchó muy contenta todo lo que Sofía le dijo y se sintió muy orgullosa de que su hija fuera tan responsable y sensible con nuestro hábitat natural.

Le explicó a Sofía que de eso trataba exactamente su trabajo y el de sus compañeros, de examinar la vida marina y los problemas del cambio climático e intentar encontrar soluciones.

Los ojos de Sofía se abrieron de par en par mientras su madre hablaba de su trabajo. Sintió una oleada de inspiración en su interior, un deseo ardiente de marcar la diferencia, de actuar contra la amenaza inminente del calentamiento global.

Tras la conversación con su madre, Sofía pasó horas leyendo libros y artículos y viendo documentales sobre el cambio climático. Se sumergió en la comprensión de las causas y los efectos del calentamiento global, aprendiendo sobre las fuentes de energía renovables y las prácticas sostenibles que podrían ayudar a combatirlo.

Armada de conocimiento y de una feroz pasión por la conservación ambiental, Sofía se propuso hacer un cambio en su propia vida. Comenzó reduciendo su huella de carbono de manera sencilla. Por ejemplo, caminaba o iba en bicicleta en lugar de pedir que la llevaran en coche, apagaba las luces y los electrodomésticos cuando no los estaba usando y creó un pequeño huerto en su jardín para reducir el desperdicio de alimentos y apoyar los productos locales.

Pero Sofía no se detuvo ahí. Reunió a sus amigos y compañeros de clase y organizó campañas de limpieza en la playa y les enseñó que proteger nuestro planeta es responsabilidad de todos.

Sofía había comenzado a marcar la diferencia, y ella y su madre se sentían más orgullosas que nunca.



4

La pequeña niña y la Luna

Marie-Sarah Cabrillac



En una mañana de diciembre, mientras veía caer la nieve con la mente en paz, el corazón feliz y Manon cálidamente acurrucada entre sus brazos, las malas noticias cayeron como una espada. “Señora, su hija padece anemia falciforme, una enfermedad rara que afecta especialmente a las poblaciones mediterráneas”. La voz del médico parece venir de muy lejos, le zumban los oídos. “Una enfermedad de la sangre, transmitida por los padres...”, “Detectada por glóbulos rojos falciformes...”, “En términos de posibles tratamientos...”. Pero ella ya no escucha y vuelve a girar la cabeza hacia la ventana, donde sigue nevando.

Manon ha crecido. La mayor parte del tiempo lleva una vida normal: va a la escuela, juega con sus amigos. Le encantan los rompecabezas, lamer el fondo del molde para tartas y construir cabañas en el gran cedro del jardín. A menudo, por la noche, con su mamá, se tumba en la hierba y mira las estrellas. “Mamá, ¿podré algún día ir a la Luna?”, le pregunta. “Tal vez, cariño, si encuentras una escalera muy muy grande”.

Pero cuando surgen las crisis, la sombra de la hoz acecha. Afortunadamente, mamá está ahí para cuidarla. Mamá es una gran científica, trabaja mucho, pero nunca va a la cama sin contarle un cuento antes de dormir. Una noche, Manon le pide que le hable sobre su trabajo. Entonces mamá le dice:

“Imagina los miles de millones de células de tu cuerpo. Cada una contiene ADN. El ADN es como un hilo largo formado por cuatro letras, A, T, C, G, repetidas millones y millones de veces. Esto forma una larga historia, que cada célula leerá para saber qué debe hacer. En nuestras células, el ADN está todo enrollado, parece un plato de fideos. Pero dicen que si lo estiramos, con todo el ADN que tenemos en nosotros, podríamos hacer el viaje de ida y vuelta a la Luna miles de veces”.

Mamá le da un beso en la frente. “Buenas noches, cariño”. Manon se queda dormida. Ella está soñando. Camina sobre un largo hilo de ADN y cada paso la aleja más de su hogar. A lo lejos ve la Tierra, cada vez más pequeña. Frente a ella brilla la Luna, blanca y misteriosa. Bajo sus pies marchan A, T, C, G, A, T, C, G, los ladrillos que constituyen las bases del ADN. De repente ella siente que el suelo se desmorona bajo sus pies; la A se ha convertido en T, el hilo se rompe, ella cae al vacío, a un mar de glóbulos rojos con forma de hoces...

Se despierta sudando y con fuertes dolores en el pecho, síntoma de un ataque. Llama a su mamá, que viene corriendo con un vaso de agua en la mano. “Bebe, cariño”. Manon obedece y mamá sale de nuevo a buscar otro vaso de agua. Regresa esta vez acompañada de su medicamento que supuestamente aliviará el dolor. Ella lo traga dócilmente.



Después de unas horas que a ambas les parecieron una eternidad, el dolor fue remitiendo poco a poco y Manon volvió a quedarse dormida.

Pasan los meses y las crisis se repiten, volviéndose cada vez más frecuentes. Mamá habla de transfusiones, trasplantes de células madre, las células que originan nuestros glóbulos rojos. Manon la ve preocuparse cada día más, las arrugas se profundizan en sus ojos, ya no escucha su risa clara como antes. A veces, cuando mamá la mira, una sombra pasa ante sus ojos.

Es una tarde de verano. El calor es agobiante y Manon pasa el día en el jardín, a la sombra de un gran olivo, escuchando el sonido de las cigarras. Grandes nubes negras se están acumulando sobre ella, presagios de tormentas. La atmósfera es eléctrica y ella siente la tensión del aire en cada célula de su cuerpo. Ella salta cuando escucha el portazo; es mamá regresando a casa del trabajo. La puerta del ventanal se abre y mamá entra al jardín, llorando. Ella se acerca a Manon y la abraza. Después de un largo momento se aleja y exclama con aire triunfante: "¡Por fin! ¡Finalmente aprobaron el tratamiento!". Ella se echa a reír, esa risa que Manon no había escuchado desde hacía mucho tiempo, y comienza a bailar en el jardín, mientras las primeras gotas comienzan a caer.

Manon todavía no entiende y la mira con mirada perpleja. Entonces se sientan sobre la hierba y mamá le dice:

“Como sabes, es un pequeño defecto en tu ADN lo que hace que tus glóbulos rojos enfermen. Es como si tus células estuvieran leyendo la versión equivocada de la historia, una historia con un error de ortografía. Una T en lugar de una A, y todo se pone patas arriba. Ahora imagina una pequeña tijera. Una tijera mágica capaz de cortar el ADN. Imaginemos que pudiéramos dirigir esta tijera precisamente hacia donde quisiéramos. Gracias a esta tijera, ahora podemos modificar la historia y darle a tus glóbulos rojos su hermosa forma redonda... El primer tratamiento acaba de ser aprobado, aún queda un largo camino por recorrer, pero hay margen de mejora.” Ella sonríe y Manon le devuelve la sonrisa.

Esa noche sueña. Una vez más, el largo hilo de ADN se extiende ante él, hasta la Luna. Ella avanza y las cuatro letras brillan bajo sus pies como estrellas. Pero esta vez ella no cae. No, esta vez ella también tocará la Luna.



5

Nace un investigador

Marina Thalassini



Giorgis, un niño de diez años, vivía en una pequeña isla del Egeo. Durante el verano, la isla se inundaba de turistas. Las ruinas del templo de Apolo, las capillas blancas, las playas de arena, las aguas cristalinas y la comida sabrosa y asequible atraían a visitantes de todos los rincones del mundo. Giorgis ayudaba en la taberna familiar, ya que, gracias a internet, podía comunicarse perfectamente con los turistas.

Al final del verano, el mar se calmaba. Los fuertes vientos del norte ya habían pasado y un azul infinito se extendía por el horizonte, donde el cielo y el mar se encontraban. Por las tardes, Giorgis iba al muelle donde estaba atracado el barco de su abuelo y lo saludaba como un marinero, como si rindiera honores al capitán Gerasimos, famoso en toda la isla. El abuelo de Giorgis había pasado casi toda su vida en el mar. Giorgis era aún joven cuando el capitán Gerasimos emprendió su último viaje para no volver jamás. Recuerda a su abuelo contemplando tranquilamente el mar y suspirando a menudo.

“¡Abuelo, me encanta el mar, quiero ser capitán como tú! ¡Quiero navegar por todos los mares del mundo!”, le dijo una vez con gran convicción, esperando que su abuelo se convirtiera en un aliado en su desacuerdo con sus padres, que querían que se quedara en tierra en lugar de hacerse marinero.



“Giorgis, en tus ojos azules veo todo un océano. Espero que descubras las profundidades del mar, sólo así podrás ayudarme cuando te necesite”, le dijo su abuelo, acariciándole suavemente el pelo.

“¿Qué quieres decir, abuelo? ¿Qué ayuda podría necesitar todo el mar de una sola persona?”, preguntó Giorgis, desconcertado por las extrañas palabras de su abuelo.

“Ya llegará el momento de que lo entiendas, Giorgis”, respondió su abuelo, sin dar más explicaciones.

Un día, mientras Giorgis nadaba, notó que en el agua flotaba mucha espuma, blanca y marrón, pero a mayor profundidad, el mar seguía siendo cristalino. A medida que pasaba el tiempo, la espuma aumentaba y la gente dudaba en bañarse, pensando que el agua no estaba limpia. Giorgis volvió a la taberna de sus padres y les contó lo que había pasado en la playa.

“No te preocupes, Giorgis, no tardará en desaparecer”, le tranquilizó su madre, sin interrumpir su tarea en la cocina.

“No es la primera vez, Giorgis. No sé cómo ni por qué, pero estoy seguro de que mañana el mar volverá a estar claro como el cristal”, añadió su padre, despreocupado, incluso aconsejándole que se olvidara del asunto. Pero Giorgis estaba empeñado en saberlo.

Como la escuela seguía cerrada, buscó información en Internet, pero no entendía muchos de los términos científicos. Pronto se dio por vencido y frustrado por no encontrar respuestas. Fue a la plaza del pueblo, donde se reunió con sus amigos. Jugar al fútbol le hizo olvidar tanto el mar como la espuma.

Varios días después, Giorgis vio un barco atracado en el muelle diferente de los habituales. Se acercó a él y leyó el letrero: “Buque de Investigación”.

“¿Qué significa eso?”, se preguntó, sin dejar de inspeccionar el barco durante un rato. No era grande, y tenía extrañas herramientas en su cubierta.

“¡Hola! Soy Gerasimos y éste es el equipo de investigación de la nave. ¿Te gustaría echar un vistazo al barco más de cerca?”, le preguntó amablemente un hombre desde la cubierta.

Giorgis respondió dubitativo, ya que era la primera vez que le invitaban a recorrer una nave: “Hola. Soy Giorgis. Me encantaría y... ¿podría hacerle preguntas?”.

“Por supuesto. Estaré encantado de responder a todas sus preguntas”, respondió amablemente el investigador. Giorgis subió a bordo, lleno de curiosidad, y Gerasimos comenzó la visita empezando por el puente de mando. Una pequeña rueda dominaba el centro, y junto a ella había varias pantallas,

botones, luces y compases.

“¡Qué guay!”, exclamó Giorgis, impresionado.

“Desde aquí, el capitán dirige el barco. Da órdenes sobre el rumbo del barco, controla el radar y la brújula, y utiliza prismáticos para ver el mar a lo lejos”, explicó Gerasimos, mientras pasaban del puente a otra sala llena de varias máquinas y ordenadores. En una mesa central había instrumentos de medición y cartas náuticas de las zonas por las que navegaba el barco y sus profundidades.

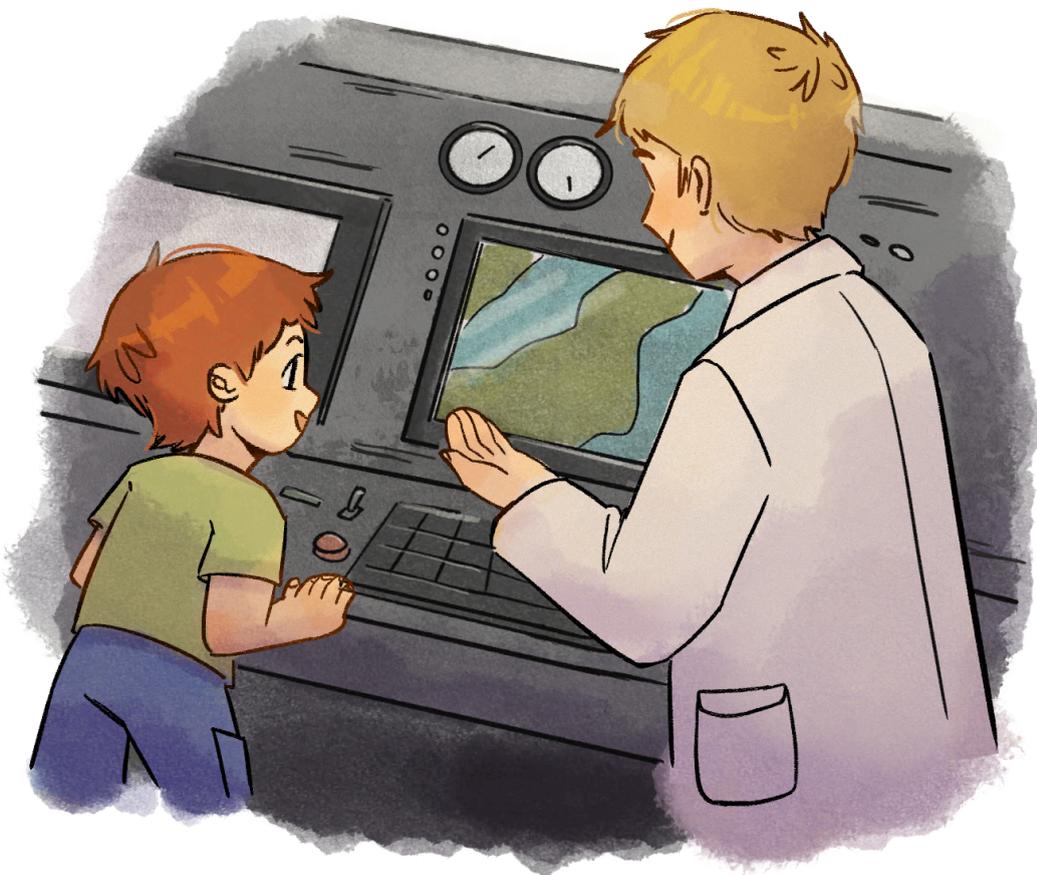
“¿Qué son estas máquinas?”, preguntó Giorgis.

“Son instrumentos para monitorizar el fondo marino y las corrientes oceánicas”, respondió rápidamente el investigador, como si esperara la pregunta.

“¿Pueden ver el fondo marino?”.

“No sólo podemos verlo, sino que registramos todas sus características. Eso significa que cartografiamos el fondo marino en todos los mares que exploramos y también medimos las corrientes a diferentes profundidades. Mira estas imágenes en la pantalla. Todas estas líneas representan montañas y trincheras submarinas”.

“¿Y estas complejas líneas son las corrientes marinas?”, preguntó Giorgis.



“¡Exactamente, Giorgis! Luego enviamos todos los datos por satélite directamente a nuestro centro de investigación”, respondió el investigador, satisfecho de cómo iba la visita. Gerasimos y el niño bajaron por una escalera que conducía a un nivel inferior del barco. Abriendo una puerta roja de metal entraron en los laboratorios de los investigadores, donde estudiaban el medio marino. Por todas partes había bancos, tubos grandes y pequeños, innumerables botellas de diversos tamaños, frascos, viales y estanterías llenas de instrumentos y equipos.

“Esto es lo que llamamos un laboratorio húmedo. Aquí examinamos todas las muestras del mar. Separamos los organismos marinos de la arena y otros materiales, y luego los clasificamos. Una vez que separamos los organismos animales del resto, clasificamos cada uno de ellos, ya sea un pez, una concha, una estrella de mar, un cangrejo, una gamba, etcétera. Los organismos muy pequeños que no podemos ver a simple vista los llevamos a otra zona, donde los observamos con un estereoscopio. Venga, te lo enseñaré”, y le condujo a una sala contigua con estereoscopios.

“¡Están vivos, señor Gerasimos! Parecen monstruos diminutos”, exclamó Giorgis mientras miraba a través de una lente especial a unas criaturas microscópicas en una gota de agua de mar.

“Las llamamos plancton. Miles de millones de estos organismos microscópicos flotan a la deriva en el mar y constituyen un valioso alimento para ballenas y peces”, recalca el investigador al niño.

“¡Ven conmigo! Te voy a enseñar algo que te va a entusiasmar aún más”, dijo el investigador, y tras recorrer un estrecho pasillo, salieron a la cubierta trasera. Giorgis se quedó sin habla al ver un robot submarino con muchas antenas, focos y un largo brazo metálico.

“¡Un robot submarino! ¿Hasta qué profundidad llega? ¿Lo maneja usted, señor Gerasimos?”, preguntó Giorgis sin respirar.

“Este submarino-robot se controla desde el barco. Se sumerge hasta 1.000 metros de profundidad sin ningún investigador a bordo. Su brazo metálico recoge pequeñas rocas y organismos del fondo marino y los lleva al barco para estudiarlos. Con sus cámaras, los investigadores vigilan el entorno marino en las pantallas del barco mientras el robot se desplaza por el lecho marino, registrando la vida marina en las aguas profundas donde no llega la luz”, explica el científico.

“Sr. Gerasimos, cuando sea mayor, ¡voy a ser científico! Seré como usted y exploraré las profundidades marinas con un robot como éste”, declaró Giorgis con determinación.

“¡Te lo deseo sinceramente, Giorgis! ¡Aún queda mucho por descubrir! La

humanidad sabe mucho más sobre el universo que sobre las profundidades de los océanos”, dijo el investigador con énfasis, mientras se dirigían a la salida de la nave.

Entonces Giorgis recordó la espuma del mar y describió a Gerasimos lo que había visto.

“La espuma que se forma en las playas, Giorgis, está causada por diversos factores. La mayoría de las veces se debe a esas criaturas microscópicas que has visto antes bajo el estereoscopio, en la...”. Gerasimos se detuvo a propósito.

“¡En el plancton!” respondió Giorgis con prontitud.

“¡Muy bien Giorgis! En determinadas épocas del año, su población aumenta tanto que, cuando estos microorganismos mueren, se combinan con otras partículas del mar, apareciendo como espuma, que luego es arrastrada por las corrientes marinas y las olas hasta las playas, tanto cercanas como lejanas”.

“Así que no es nada malo. Podemos nadar sin preocuparnos”.

“¡No siempre! A veces, esta espuma puede deberse a material contaminante que la gente arroja al mar. Estas sustancias acaban convirtiéndose en espuma que las corrientes arrastran hasta la orilla”.

“¡Muchas gracias, señor Gerasimos! Hoy ha sido el día más importante de mi vida”, dijo Giorgis, abrazando a Gerasimos con alegría.



“¡Nunca dejes de observar el mar, Giorgis!” dijo Gerasimos emocionado.

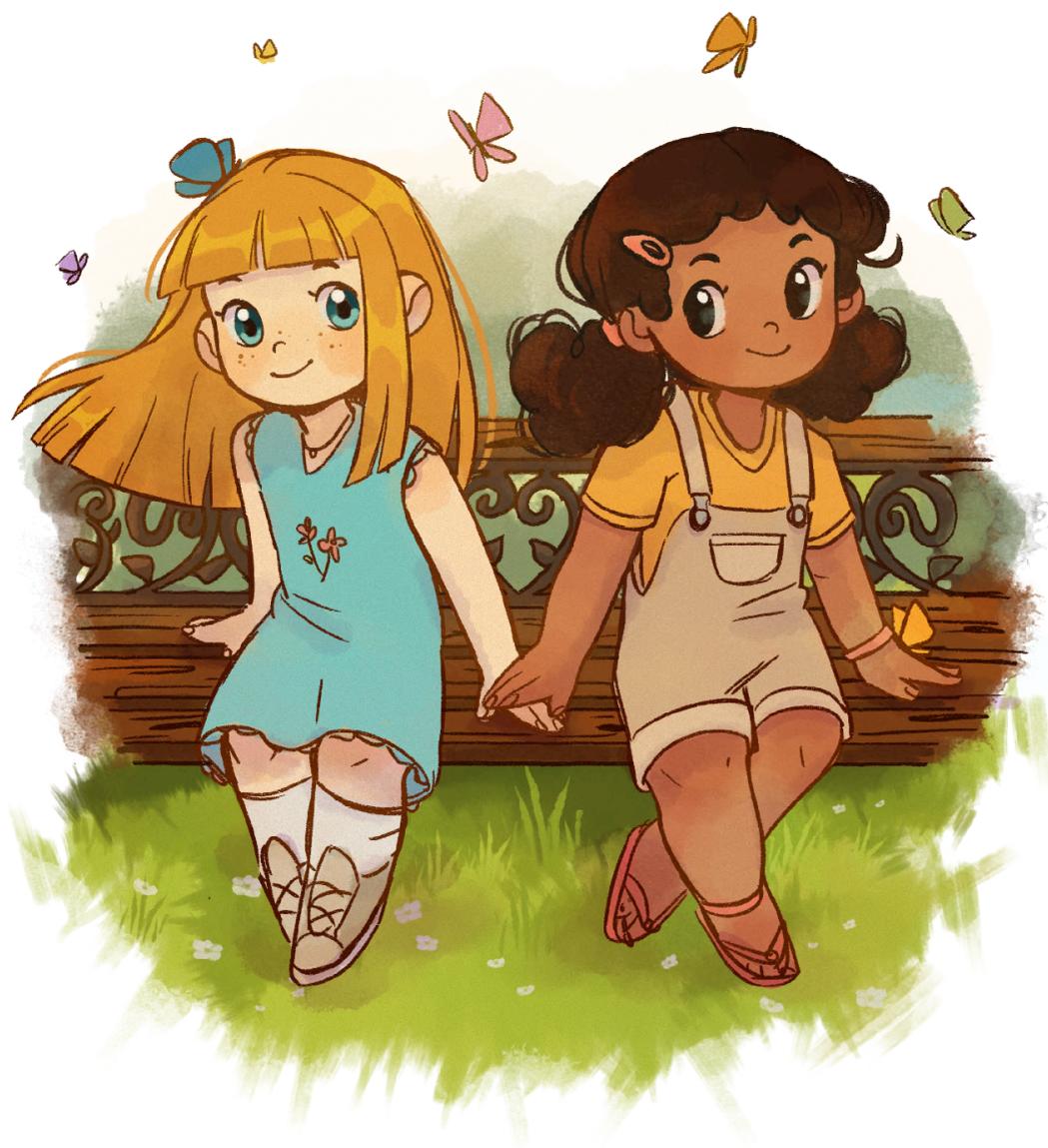
“Llévate este pequeño libro con bonitas fotos de organismos marinos para que puedas reconocerlos. Es un regalo para recordar tu visita al barco. Aquí tienes también mi tarjeta con mi dirección de correo electrónico, para que puedas preguntarme cualquier cosa que te parezca en el futuro”.

Giorgis se apresuró a bajar del barco que partiría hacia su base en unas horas. Mientras se alejaba del muelle, recordó las palabras de su abuelo y aferró con fuerza el libro. Se convertiría en científico marino y, con ese pensamiento, corrió como el viento, silbando alegremente, deseoso de contar a sus padres y amigos todo lo que había visto, oído y aprendido.

6

Como dos mariposas

Gaspare Benenati



Como todos los días, Leila bajó del autobús escolar y me abrazó. Inmediatamente después bajó Nadia.

Nadia y Leila habían sido compañeras de clase desde que se conocieron en la guardería muchos años antes y desde entonces se hicieron amigas inseparables.

Les pregunté por su día en el colegio.

Leila respondió: “Bien”. Pero yo ya entendía cuándo decía la verdad y cuándo un pensamiento le molestaba.

Tomamos la ruta a través del parque para volver a casa. Caminamos muy juntas y, con varias preguntas, intenté entender qué le preocupaba a Leila.

Ante mi insistencia, Leila me miró al principio indecisa sobre si compartir o no su secreto, luego resopló y empezó a decir: “La profesora nos ha explicado que dentro de cada una de nuestras células hay ADN. El ADN se lee como un manual de instrucciones que explica cómo construir las células, los tejidos y los órganos. En pocas palabras: cómo debe construirse el cuerpo de cada persona”.

La profesora añadió: “Las instrucciones que se leen se llaman genes y los genes también nos hablan de nuestro pasado”.

Luego, señalándome a mí, dijo: “Es posible que Leila, dada su tez clara, su pelo rojo y sus ojos azules, haya tenido antepasados normandos hace mucho tiempo. Estas características, estos genes, están más extendidos entre las personas procedentes del norte de Europa.”



Nadia, en cambio, con los ojos oscuros y el pelo negro y rizado, probablemente tenía antepasados árabes”.

Miré a Leila un poco extrañada. No entendía qué podía molestarla en este discurso.

Leila me miró y dijo: “Siempre pensé que Nadia y yo éramos iguales. No me gusta que nuestro ADN cuente historias diferentes”.

Ahora entendía lo que le molestaba.

Miré a las dos niñas y les dije que me siguieran.

Les mostré una oruga amarilla bajo las hojas de una morera, y una roja, bajo la hoja de un cerezo.

Les expliqué: “¿Ven? Estas dos orugas son diferentes, sus instrucciones de ADN requerirán que ambas orugas construyan un capullo. El proceso será el mismo, pero de los capullos saldrán dos mariposas muy diferentes: una naranja y la otra azul, pero eso es precisamente lo bonito. ¡Imagínate lo aburrido que sería si todas las mariposas, flores, animales o personas fueran del mismo color! Una vez que las mariposas salgan del capullo, no importará qué las llevó a convertirse en mariposas: volarán de flor en flor y vivirán su vida. Lo que las mariposas hayan heredado de su ADN les dará su forma y sus colores, pero lo que quieran ser dependerá sólo de ellas”.

Leila miró a Nadia y le sonrió. Comprendió que, aunque parecieran opuestas la una de la otra, aunque sus respectivos antepasados hubieran venido de lugares distintos, eso no definía quiénes eran.

Nadia miró a Leila y luego dijo desafiante: “¡La que llegue primero al pabellón gana!”.



Las dos niñas corrieron rápidamente hacia el antiguo edificio del centro del parque. Un pabellón formado por un arco normando apuntado, coronado por una cúpula árabe rosada, típica de la arquitectura árabe-normanda.

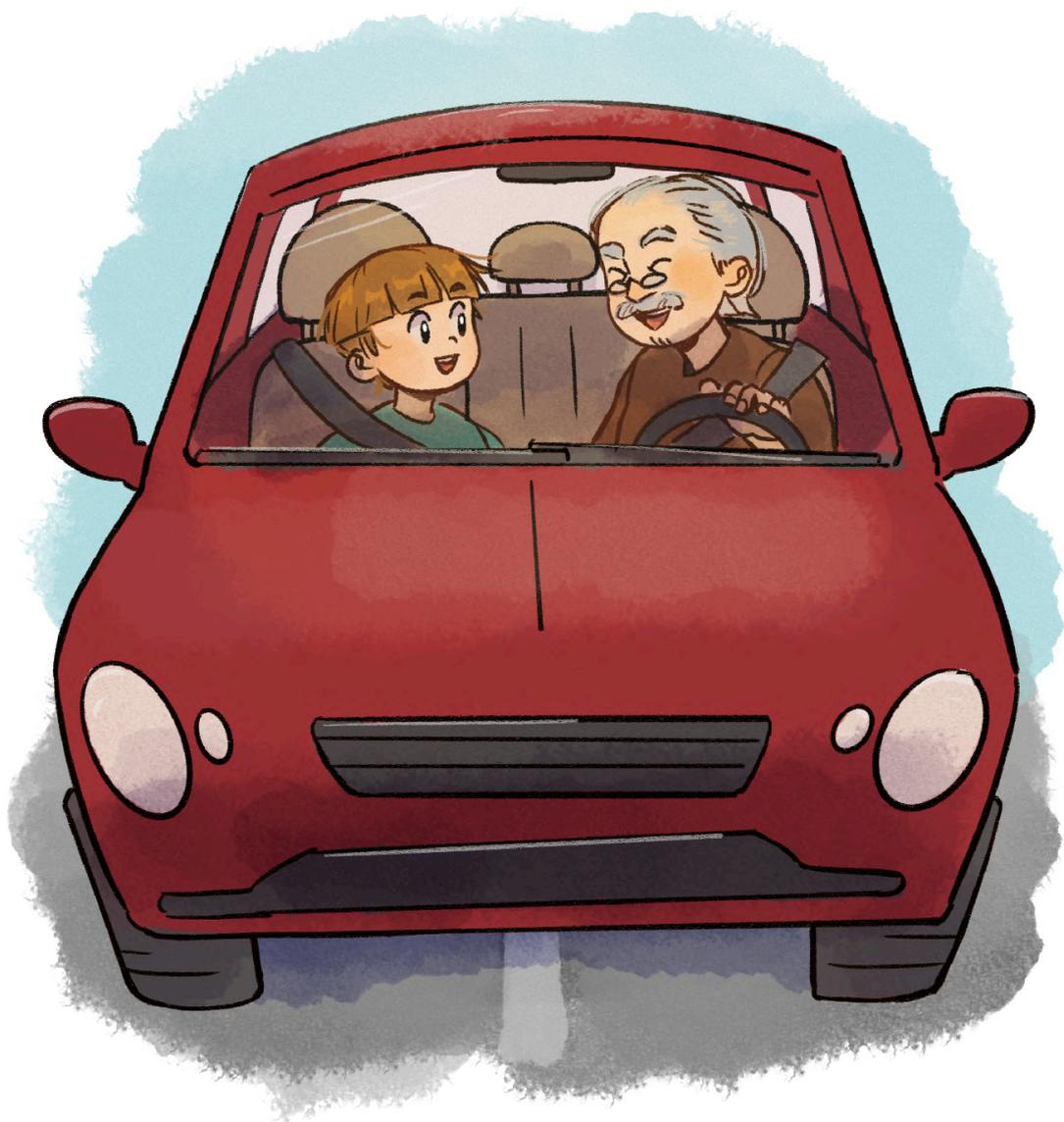
Sentada en un banco, no pude evitar pensar en cuánta gente había pasado por esta isla del centro del Mediterráneo, dejando huellas y mezclando los signos de su paso en nuestros monumentos, en nuestra cultura y en nuestros genes.

Cuánta riqueza...

7

El que busca, encuentra

Marco Zaccari



“¡Vamos, vamos, juega conmigo a aparcar!”, exclama Gigi mirando fijamente a su abuelo mientras este conduce y se acerca al centro histórico con su pequeño coche.

“Vale, vale, volveré a hacer magia... sólo mira... un momento más... ¡aquí hay un aparcamiento para mí!”.

“¡Pero, abuelo! ¡Eres realmente un mago! Siempre lo encuentras enseguida, pero ¿cómo lo haces?, ¡yo también quiero aprender!”

“Ja-ja”, se ríe el abuelo ante el asombro de su nieto». “Es un secreto muy antiguo que sólo unos pocos elegidos conocen. Ahora ya tendrías edad para aprenderlo, ¿sabes?».

Los ojos de Gigi se llenan de ingenuo entusiasmo. “¡Yo también quiero hacer tu magia!”.

“Vale, pero con una condición”. El abuelo apaga el coche y se queda mirando a su nieto levantando una ceja con expresión seria y ligeramente divertida. “Hace falta compromiso. A ver... a cambio tendrás que darme uno de los juguetes que más te gustan».

Gigi parece un poco apenado y su abuelo le explica que se trata de un secreto importante, que si Gigi quiere conocerlo, sería buena idea corresponderle con algo igualmente importante.

Así que, esa misma tarde, Gigi busca con cuidado en una caja grande y elige un juguete viejo, bastante maltrecho y desgastado pero que le importa mucho, para regalárselo a su abuelo al día siguiente.

“Bueno, ahora quiero saber tu secreto para hacer magia”. El abuelo sonrío, coge el juguete y exclama en tono casi de broma: “Muy bien. Ahora que tú también formas parte del círculo de los pocos que conocen el secreto, debes saber que... ¡cualquier cosa en la que pienses muy, muy, muy intensamente, se hará realidad!”.

El pequeño Gigi frunce el ceño, parece algo confuso. Su abuelo se da cuenta y comenta: “De verdad, yo hago exactamente eso con el aparcamiento, lo pienso intensamente y ¡bum, lo he encontrado! ¿No te lo crees? Pruébalo tú mismo. Mañana, por ejemplo, piensa todo el día en la amistad y estoy convencido de que encontrarás muchas cosas con forma de corazón. Pero tienes que pensarlo intensamente y, sobre todo, no debes revelar nunca este antiguo secreto a nadie, por favor”.

Su abuelo parecía saber muchas cosas. Al día siguiente, Gigi encuentra montones de piedras y hojas con forma de corazón. No se lo puede creer, cuanto más piensa en ello, más cosas encuentra: trozos de papel, un par de confetis con forma de corazón, incluso el envoltorio de un caramelo. Gigi está tan

entusiasmado con este asombroso descubrimiento que mete todos los objetos posibles en los bolsillos de sus pantaloncitos para llevárselos a casa.

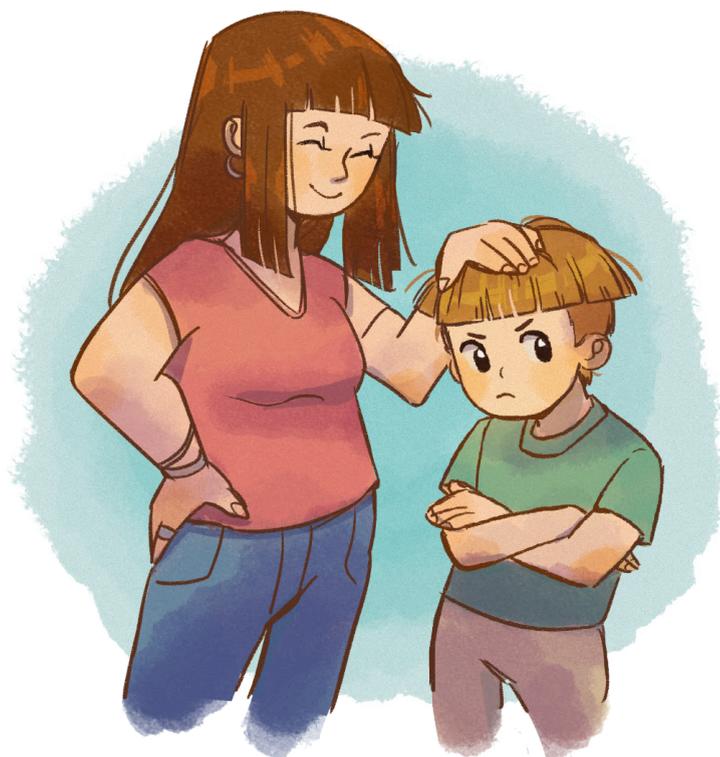
Esa misma tarde, Gigi está concentrado en ordenar y admirar la especial colección sobre su cama. Entra su madre, le observa unos instantes y le pregunta: “¿Para qué necesitas todas estas piedrecitas, hojas y papeles?”.

Gigi no puede contener su entusiasmo y se le escapa la noticia: “¡Mamá, no tienes que decírselo a nadie, prométemelo! El abuelo me enseñó que si pienso mucho en algo lo encontraré, como él hace con los aparcamientos. ¿Has visto cuántos guijarros con forma de corazón he encontrado hoy? Significa que lo he pensado bien”.

La madre estalla en una estruendosa carcajada divertida y tierna a la vez. “Tu abuelo es un gran bromista, pero, ¿no ves que te está tomando el pelo?”.

Gigi está aturdido, no entiende por qué su madre dice eso ante una evidencia tan abrumadora cuidadosamente dispuesta sobre la cama.

“Verás, cariño», explica la madre mientras acaricia la cabeza de Gigi, esbozando una sonrisa de comprensión. “Nuestra mente, que está dentro de esta cajita, no puede contar todas las piedras, sólo te muestra las que te interesan. Algunos dicen que «el cerebro no es aleatorio», pero eso es algo que aprenderás cuando seas mayor, por ahora basta con que sepas que estamos hechos así. Mira, haz la prueba, mañana piensa intensamente en un color, pero también intenta contar todos los objetos que no tienen ese color. Inténtalo y luego me cuentas”.



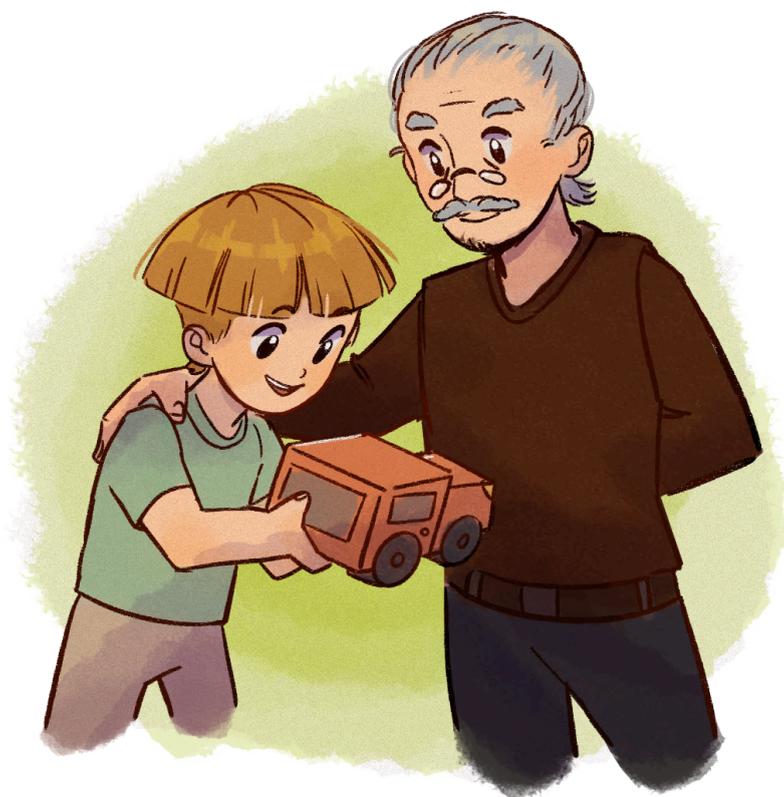
Y así, al día siguiente, con el consejo de su madre, Gigi intenta pensar en el amarillo todo lo posible, recogiendo florecitas, papelitos y otros pequeños objetos amarillos, pero tratando de contar cuidadosamente todos los demás objetos que le llaman la atención.

Cuando llega a casa, corre inmediatamente a decirle: “¡Mamá, tenías razón! He recogido 47 cosas amarillas, pero he visto al menos 200 de otros colores y ¡entonces me he parado! ¡Cuando vea al abuelo se va a enterar!”.

Y así, Gigi, al encontrarse con su abuelo en la siguiente ocasión, sintiéndose burlado, le regaña y le pide también que le devuelva su juguete. El abuelo asiente, sonrío y mira al pequeño con una mirada de ternura sin decir una palabra, luego va a la otra habitación y vuelve con un paquete en la mano.

“Toma, esto es para ti”.

Gigi desenvuelve el paquete y se da cuenta de que contiene un coche de juguete nuevo, idéntico al original. El abuelo se había dado cuenta de que estaba roto y no se podía arreglar, así que encontró otro en una pequeña tienda del pueblo.



“Mamá tiene razón», explica el abuelo. “Todo lo que te ha dicho es verdad. En realidad, no inventamos nada, sino que nos limitamos a encontrar sólo lo que buscamos”.

“¿Entonces, la magia no existe, abuelo?”, pregunta Gigi, feliz por el nuevo juguete, pero también decepcionado por el amargo descubrimiento.

“La magia existe. Y hay que creerla porque la magia reside precisamente en elegir lo que queremos encontrar. Aprende a buscar sólo cosas buenas, Gigi”.

Han pasado treinta años, hoy Gigi es adulto, tiene una hermosa familia y en su tiempo libre es un excelente buscador de setas. Cada vez que llena la cesta recuerda con dulzura y gratitud a su bromista abuelo.

8

Los Guardianes del mar

Sonia Revelo Prieto



En un pequeño pueblo costero de España, vivía una joven llamada Ivet. Tenía el cabello castaño y largo que siempre llevaba suelto y unos ojos marrones que reflejaban su infinita curiosidad. Ivet era muy aventurera y amante de la naturaleza y de los animales. Cada día, iba a la playa para explorar y jugar entre las rocas, donde se sentía feliz y libre.

Un verano, la playa estaba llena de turistas. Aunque era emocionante ver a tantas personas, Ivet notó que la playa estaba sucia. Había envoltorios de comida, botellas de plástico y otros residuos esparcidos por la arena. La playa, que antes era hermosa, ahora estaba sucia y triste. Ivet se sintió preocupada por la salud del mar y sus habitantes.

Un día, mientras recogía conchas en la orilla, Ivet encontró una caracola brillante y diferente a las demás. Al tocarla, sintió una suave vibración y, de repente, la caracola comenzó a brillar con una luz suave. Intrigada, Ivet se la acercó al oído y escuchó una voz suave que decía:

“Hola, Ivet. Soy Nereida, un antiguo espíritu del mar, protectora de todas las criaturas marinas. Mi misión es cuidar el océano, pero con la contaminación, mi trabajo se ha hecho muy difícil. Necesito la ayuda de personas como tú, que aman el mar y quieren protegerlo. Esta caracola mágica te permitirá comunicarte con los animales marinos”.

Ivet, emocionada y un poco asustada, respondió:

“¡Hola, Nereida! ¿De verdad puedo hablar con los animales del mar?”

Nereida confirmó:

“Sí, Ivet. Y necesitan tu ayuda. La contaminación está dañando su hogar. He visto cómo los plásticos y los residuos están invadiendo sus espacios. ¿Te gustaría ayudarnos a salvar el mar?”

Sin dudar, Ivet aceptó y comenzó su increíble aventura. Se colgó la caracola en su collar y se metió en el mar. Pronto, se encontró rodeada de criaturas marinas: un pulpo llamado Tritón, una tortuga llamada Galatea y un león marino llamado Nautilus. Cada uno le contó a Ivet cómo la basura y los plásticos estaban destruyendo sus hogares.

Tritón era un pulpo sabio y juguetón. Le explicó a Ivet cómo las bolsas de plástico que flotaban en el agua se parecían a las medusas, un alimento que él y otros pulpos comían.

“Las bolsas se enredan en mis tentáculos y, mis amigos y yo, no podemos distinguir entre comida real y basura. Además, cuando intentamos comerlas, pueden causarnos problemas de salud” dijo Tritón con una expresión preocupada.



Galatea, una tortuga de caparazón dorado con ojos brillantes, le enseñó cómo las redes de pesca abandonadas atrapaban a las tortugas y les hacían graves heridas.

“Recuerdo un verano en que una red me atrapó por completo. Fue aterrador” dijo Galatea. “Muchas tortugas no tienen la suerte de ser rescatadas. Estas redes, junto con otros plásticos, pueden cortar nuestras aletas o hacernos difícil nadar.”

Nautilus, un león marino con un gran corazón, le contó a Ivet cómo los plásticos atrapaban a los peces pequeños y dañaban los arrecifes de coral.

“La primera vez que vi un pedazo de plástico atrapado en un coral, pensé que era una nueva especie. Pero pronto me di cuenta de que estaba causando daño. Los plásticos ahogan a los corales, impidiendo que crezcan y proporcionen refugio a muchos animales marinos” dijo Nautilus.

Después de escuchar las historias de los animales, Ivet decidió que debía actuar de inmediato. Así que reunió a sus amigos y familiares para ayudar. Juntos planearon una limpieza de la playa y una campaña de concienciación en el pueblo.

Antes de empezar la limpieza, Ivet y su abuela Isabel organizaron un

pequeño taller para los niños del pueblo. Enseñaron a hacer experimentos simples, como poner un trozo de plástico en agua y ver cómo flotaba, explicando por qué es peligroso para los animales marinos. También hicieron un experimento para mostrar cómo el plástico se descompone en microplásticos, usando un rallador para hacer pequeños trozos de una botella vieja. Los niños se quedaron sorprendidos al ver cómo algo tan pequeño podía hacer tanto daño.

Durante la campaña de limpieza, Ivet y sus amigos colocaron carteles en varios idiomas para que todos los turistas lo pudieran entender. Los carteles decían: "¡Sé un guardián del mar! Recoge tu basura y deja al agua brillar". Además, Ivet y sus amigos hablaron con los turistas y les explicaron cómo sus acciones podían afectar al mar y a los animales.

Trabajaron en equipo para crear coloridos carteles y los colgaron por todo el pueblo, invitando a todos a unirse a su misión de limpiar la playa. Los carteles decían: "¡Hazlo por el mar, ven a ayudar! Con guantes y bolsas, ¡la playa vamos a cuidar!".

Antes de comenzar la limpieza, Ivet inventó una canción que todos cantaron mientras trabajaban:

*La playa limpia queremos lograr,
donde las olas puedan descansar.
Sin restos de plásticos ni desperdicios,
un mar brillante, sin perjuicios.
Las tortugas y peces quieren vivir,
en un mar limpio y sin sufrir.
Con nuestras manos podemos ayudar,
para que el mar pueda brillar.*

El día de la limpieza, Ivet, sus amigos y muchos voluntarios recogieron montones de basura de la playa. Los animales marinos, agradecidos, observaron desde el agua. Tritón ayudó a encontrar plásticos entre las rocas, Galatea enseñó las áreas más afectadas y Nautilus animó a los niños con su alegre presencia.

Mientras Ivet y sus amigos recogían basura, Tritón decidió hacer una pequeña travesura para animar el ambiente. Se escondió detrás de una gran roca y, cuando todos estaban concentrados en su tarea, salió de repente lanzando chorros de agua con sus tentáculos, mojando a Ivet y a sus amigos por sorpresa.

"¡Tritón!" gritó Ivet entre risas "¡Nos has empapado!"

Todos empezaron a reír y a saltar para evitar los chorros de agua, mientras Tritón se movía rápido de un lado a otro.

"¡Solo quería refrescar el día y hacer que la limpieza fuera más divertida!"

respondió Tritón con una sonrisa traviesa, mientras seguía lanzando chorros de agua.

“¡Pues lo conseguiste!” dijo uno de los niños, riendo y salpicando agua de vuelta a Tritón.

El ambiente se llenó de risas y alegría, y todos se sintieron renovados para seguir con su importante misión.

Mientras Ivet y sus amigos recogían basura, encontraron una zona especialmente difícil, llena de redes de pesca y plásticos atascados entre las rocas. Trabajaron muy duro para liberar la zona. En un momento, Ivet se sintió agobiada por la cantidad de basura, pero entonces notó la vibración de la caracola en su cuello.



Nereida le habló suavemente: “¿Sabías que en el mar Mediterráneo hay más de 17,000 especies diferentes? Esta gran biodiversidad es muy importante para mantener el mar saludable. Los científicos han descubierto que tener muchas especies distintas ayuda a que el mar esté en equilibrio. Pero la contaminación está poniendo todo esto en peligro. Cada pequeña acción cuenta para proteger el mar. Lo estás haciendo genial, el mar te necesita”.

Con nueva energía y mucho ánimo, Ivet lideró a su equipo para despejar la zona.

Después de la limpieza, Ivet y los voluntarios hablaron con la comunidad sobre cómo reducir el uso de plásticos y reciclar correctamente. Colocaron más carteles en el pueblo para recordar a todos la importancia de mantener las playas limpias y proteger la vida marina. Ivet también organizó charlas informativas para los turistas en los hoteles y para los residentes sobre el impacto de la basura en el medio ambiente marino, enseñando cómo los plásticos afectan a los animales y qué podemos hacer para ayudar.



Además de la limpieza, Ivet y sus amigos decidieron crear soluciones más duraderas. Con la ayuda de los vecinos del pueblo, crearon puntos de reciclaje en la playa con contenedores donde los turistas podían depositar sus plásticos, botellas y otros residuos. También empezaron a usar redes biodegradables para los pescadores locales porque estas redes se descomponen en el agua sin dañar a los animales marinos, a diferencia de las redes de plástico que pueden atraparlos y herirlos.

Con el tiempo, la playa del pueblo se convirtió en un lugar limpio y seguro para los animales y los humanos. Ivet seguía visitando a sus amigos marinos, siempre llevando consigo la caracola mágica.

Aprendió mucho sobre la biodiversidad del mar y la importancia de la conservación ambiental.

Ivet, al ver la playa limpia y los animales felices, se sintió satisfecha y orgullosa de lo que habían logrado. Comprendió que la verdadera magia no estaba en la caracola, sino en el poder de las personas para hacer el bien. Ivet propuso a su ayuntamiento establecer un "Día del Mar" anual, donde cada verano se realizara una limpieza y actividades educativas para recordar la importancia de cuidar el mar. Con el tiempo, otros pueblos costeros se unieron a esta iniciativa, creando una red de guardianes del mar por toda la costa mediterránea.

9

La Tierra que estaba triste

María Elena Carra Artero



Hace mucho tiempo, en un continente antiguo y lleno de misterios, existía un lugar mágico donde las maravillas de la ciencia ejercían su poder en los secretos de la naturaleza. En ese rincón especial, vivía un grupo de pequeñas y brillantes investigadoras, conocidas por todos como las Científicas Caballito. Este grupo de amigas inseparables había hecho del laboratorio de su escuela su hogar, un espacio donde los tubos de ensayo y los microscopios compartían protagonismo con los libros de experimentos y las plantas en macetas. Pero lo que más distinguía a estas pequeñas científicas no eran solo sus conocimientos, sino su inquebrantable amor por su amiga más querida y antigua, la Tierra.

La Tierra había sido su amiga desde siempre, desde antes de que cualquiera de ellas pudiera recordar. Era una amiga generosa, siempre sonriente, que les ofrecía su aire limpio, al que todos llamaban Atmósfera; su suelo fértil, donde podían crecer las plantas y jugar; y sus mares cristalinos, especialmente el hermoso Mediterráneo; donde las Científicas Caballito solían nadar y explorar. La vida en el laboratorio y más allá de sus paredes siempre había sido alegre y llena de aventuras gracias a la Tierra, su protectora y confidente.

Sin embargo, un día, todo cambió. Las Científicas Caballito comenzaron a notar algo extraño. La Tierra, que siempre había sido tan risueña y vibrante, ya no sonreía como antes. Había algo en sus ojos, un brillo apagado, una tristeza que no lograban comprender. Preocupadas, las científicas decidieron observar más de cerca. Se pusieron sus pequeñas batas blancas, afilaron sus lápices y se sentaron en círculo para discutir lo que veían. La Tierra estaba triste y eso llenaba de inquietud los corazones de las Científicas Caballito.

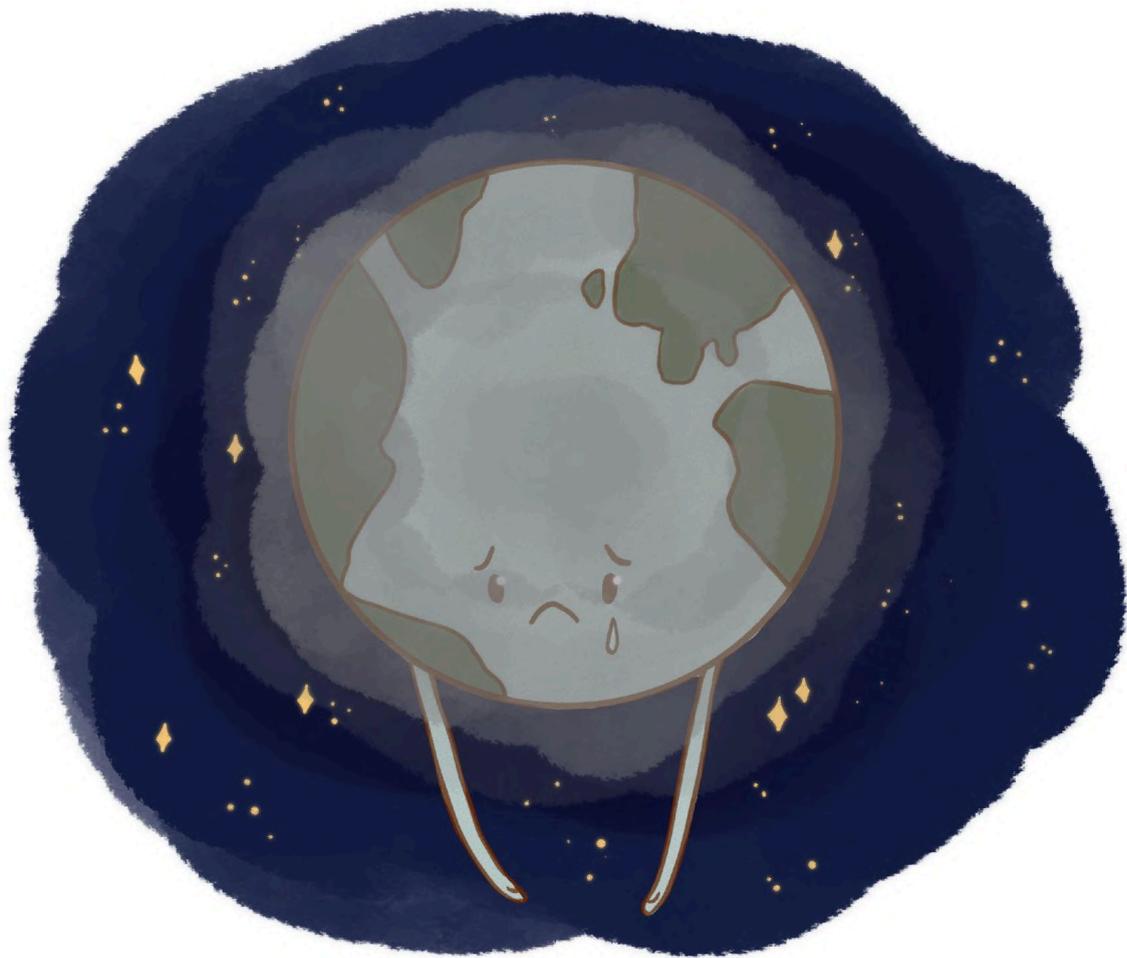
Decididas a ayudar a su amiga, las pequeñas científicas decidieron que la mejor manera de entender qué le sucedía a la Tierra era preguntándole directamente. Con mucha delicadeza, se acercaron y, con la calidez que solo pueden ofrecer las verdaderas amigas, le dijeron:

“Amiga Tierra, ¿quieres contarnos qué te pasa?”

La Tierra, que hasta entonces había guardado su dolor en silencio, dejó escapar un profundo suspiro. Parecía aliviada de que sus amigas hubieran notado su tristeza, pero también abatida por la magnitud de su malestar.

“Estoy muy triste porque estoy enferma” confesó la Tierra, con una voz que parecía surgir de lo más profundo de su ser. “Hay demasiado humo por todas partes y me cuesta respirar”.

Las palabras de la Tierra dejaron a las Científicas Caballito completamente atónitas. Durante unos instantes, todo quedó en silencio, un silencio pesado que solo podía ser roto por el crujido de una hoja o el susurro del viento. Las pequeñas científicas miraron a su alrededor con nuevos ojos, intentando entender la gravedad de la situación.



Fue entonces cuando se dieron cuenta de que el aire, que antes era tan azul y claro, se había vuelto gris y opaco, que el mar había perdido su brillo característico y que, el sol, siempre resplandeciente, ahora apenas podía verse a través de una capa de humo espeso. Incluso el arcoíris, que tantas veces había iluminado el cielo después de la lluvia, parecía haberse desvanecido, como si sus colores hubieran sido robados por ese humo maldito.

Ahora entendían por qué su amiga la Tierra estaba tan triste. Pero saberlo no era suficiente. Las Científicas Caballito sabían que debían hacer algo al respecto. No podían quedarse de brazos cruzados mientras su amiga sufría. Tenían que encontrar la fuente de ese humo y buscar una solución. Así que, decididas a actuar, tomaron sus lupas, sus microscopios, sus prismáticos y todos los instrumentos de laboratorio que pudieran necesitar. Se dividieron en grupos, cada una con una misión específica, y partieron hacia distintas regiones: ciudades bulliciosas, pequeños pueblos y tranquilas costas.

Elena, una de las más perspicaces del grupo, comenzó su investigación en las ciudades. Con sus prismáticos en mano, observó cómo el humo gris surgía de

los coches y motos que circulaban sin descanso por las calles. Este humo, pensó, era como un veneno que se esparcía por el aire, ensuciando todo a su paso. Anotó cuidadosamente sus observaciones y decidió que debía continuar su investigación en otros lugares.

Mientras tanto, Mía, otra de las científicas, dirigió su atención hacia las grandes fábricas que se alzaban en las afueras de las ciudades. Estas fábricas, que producían de todo, desde alimentos hasta ropa y juguetes, también eran fuentes de ese humo gris. Mía observó cómo enormes columnas de humo salían de las chimeneas, oscureciendo el cielo y contaminando el aire que todos respiraban. Sabía que estas fábricas eran esenciales para la vida diaria, pero también comprendía que su funcionamiento estaba contribuyendo al sufrimiento de su amiga la Tierra.

Sofía, por su parte, decidió investigar las centrales eléctricas, esos lugares donde se producía la energía que hacía funcionar las luces, los electrodomésticos y muchas otras cosas más. Con su lupa en mano, observó cómo estas centrales emitían grandes cantidades de humo mientras generaban electricidad. Era evidente que este humo también estaba enfermando a la Tierra, y Sofía se sintió más decidida que nunca a encontrar una solución.

Finalmente, Alicia, la más curiosa del grupo, decidió centrarse en el mar Mediterráneo, ese mar que tanto amaban. Al analizar el agua con su microscopio, descubrió algo alarmante: el humo gris que cubría la Atmósfera estaba haciendo que la temperatura del aire aumentara, lo que a su vez calentaba el mar. Esto provocaba que una sustancia vital, el oxígeno, se escapara del agua, dejando a los peces sin suficiente aire para respirar. Los peces, que solían nadar alegres y llenos de vida, ahora parecían enfermos y débiles. Sofía sabía que si no se hacía algo pronto, no solo la Tierra, sino también sus habitantes, estarían en grave peligro.

Con toda esta información recolectada, las Científicas Caballito regresaron a su laboratorio. Allí, se reunieron con la Tierra para compartir sus descubrimientos. La situación era grave pero, ahora que conocían la fuente del problema, sabían que debían encontrar una solución. Pero no podían hacerlo solas. Necesitaban la sabiduría de aquellos que habían estado presentes desde los inicios del tiempo: la mística Luna y el todopoderoso Sol.

“¿Qué te pasa, Tierra?” preguntaron la Luna y el Sol al unísono, cuando las Científicas Caballito les contaron lo sucedido.

“Estoy enferma y muy triste” respondió la Tierra, “porque las fábricas y los vehículos emiten tanto humo que no puedo respirar. Las Científicas Caballito



han hecho todo lo posible por ayudarme, pero no sabemos cómo detener este humo sin apagar las fábricas y detener los vehículos”.

La Luna, siempre pensativa; y el Sol, con su energía inagotable; reflexionaron profundamente sobre la situación. Apagar las fábricas y detener los vehículos parecía una solución inmediata, pero también entendían las consecuencias que eso traería. La vida cotidiana se vería afectada: sin fábricas, no habría producción de alimentos, ropa, ni electricidad. ¿Cómo podrían las personas vivir sin estos elementos esenciales?

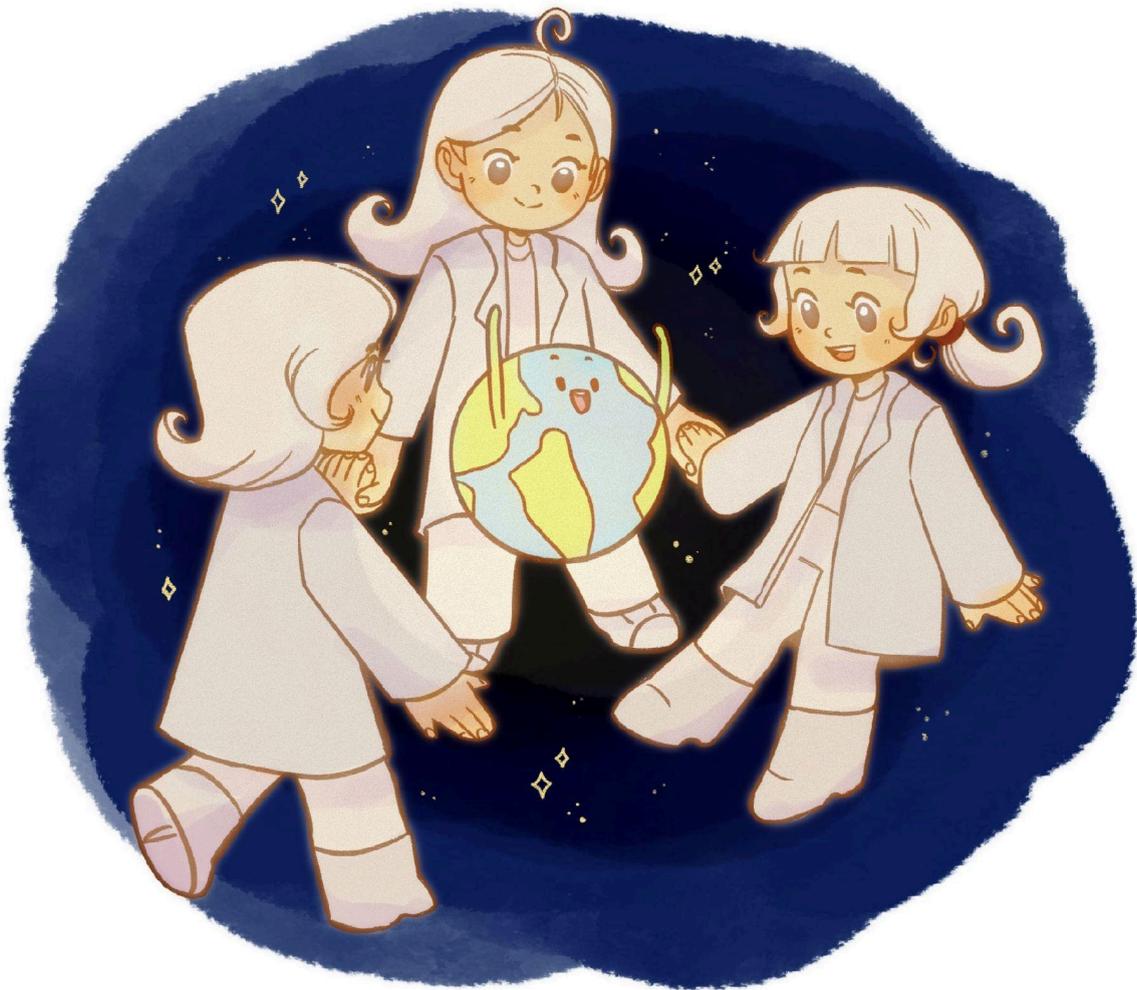
La Luna, con su brillo sereno, se le ocurrió que iba a intentar hacer funcionar la fábrica con su energía, así no habría que quemar carbón y las fábricas no emitirían humo. Con toda su concentración, envió su energía hacia las fábricas, intentando hacerlas funcionar sin emitir humo. Pero por más que lo intentó, su luz suave no fue suficiente para generar la energía necesaria.

Entonces, las Científicas Caballito se volvieron hacia el Sol, pidiéndole que utilizara su poderosa luz para intentar lo mismo. El Sol, siempre dispuesto a ayudar, enfocó toda su energía en las fábricas. Con su luz intensa y energía inmensa, logró que las fábricas funcionaran sin producir ese humo gris que tanto daño hacía a la Tierra.

¡Lo había conseguido! La energía del Sol, pura y renovable, había reemplazado a las fuentes de energía que antes producían humo. Las fábricas empezaron a operar de manera limpia y, poco a poco, el cielo se fue despejando. El aire gris se convirtió nuevamente en azul, el mar recuperó su brillo y el arcoíris, que antes había desaparecido, volvió a lucir sus colores vibrantes.

Gracias a las Científicas Caballito y su incansable búsqueda de una solución, la Tierra volvió a sonreír. El mundo recuperó su equilibrio y todos, desde las criaturas más pequeñas hasta los humanos, pudieron vivir en un planeta limpio y sano. Las Científicas Caballito habían demostrado que con curiosidad, dedicación y amor por la Tierra, cualquier problema, por grande que sea, puede ser resuelto.

Y así, el planeta siguió girando bajo el cielo azul, sabiendo que estaba en buenas manos.



10

El despertar de Irene

Sara García de Pablo



“¡Ring, ring, ring!”

La alarma sonaba junto a la oreja de Irene. “¡Maldito cacharro! ¿Quién habrá inventado semejante instrumento de tortura?”. Tanteó la mesilla hasta que consiguió pararlo. Siempre se levantaba enfurruñada por ese sonido tan desagradable que la arrancaba sin compasión de los brazos de Morfeo.

Saltó de la cama y empezó a vestirse. Hoy empezaban las vacaciones de su madre y aunque todavía estaba enfurruñada por el brusco despertar la ilusión del viaje a Atenas hizo que su humor cambiara rápidamente. No tardó nada en estar lista y salió de casa con la mochila al hombro seguida por su madre que le tendió el despertador con una mirada elocuente. “¡Ni en vacaciones podría librarse de él!”

“No me pongas esa cara. Tendremos que madrugar un montón si no queremos morirnos de calor”.

“Si tuviera un móvil no tendría que andar cargando con él”.

“Tendrás uno cuando seas mayor. Guárdalo en la mochila y no te olvides de sacarlo cuando pasemos el control”.

Antes de que se diera cuenta estaban disfrutando de comida deliciosa en un restaurante a los pies de la Acrópolis y ahora iban a ver el cambio de guardia del parlamento. Al cabo de un rato no pudo soportar el calor sofocante y fue a sentarse a la sombra en la plaza “Syntagma”. Cuando llegó cerca de la fuente, perdió el equilibrio y cayó dentro del agua de cabeza.

Se espabiló al instante y emergió chapoteando en el riachuelo. “Un momento, ¿riachuelo?”. Mientras tosía por el agua que había tragado, miró alrededor y se quedó de piedra. ¡Todo había cambiado! Los edificios altos habían desaparecido, igual que la fuente y el propio parlamento. A su alrededor, se extendía un paisaje natural por donde discurría un río rodeado de árboles. Hacía ella corría un muchacho vestido con una túnica corta.

“¿Estás bien?” dijo ayudándola a salir del agua.

“Sí, bien... Creo”.

“Tus ropas están empapadas. ¿Dónde vives? Te acompañaré a casa”.

“Yo... no sé dónde vivo”. Ante la mirada extrañada del joven rectificó. “Es que no soy de aquí y me he perdido”.

“Eso ya se ve. Tus ropas son muy raras. Por suerte la academia de mi tío no está lejos. Puedes quedarte a pasar la noche y mañana buscaremos a tu familia”.

“¿No se enfadará tu tío?”

“¡Qué va! Mi tío Aristocles acoge a muchos estudiantes en su academia. Uno más ni se notará. Por cierto, yo me llamo Espeusipo”.

“Yo soy Irene”.



Sin más, tiró de ella y la condujo por el bosque hasta La Academia, que era un conjunto de edificios dedicados a distintas cosas. A la entrada había un cartel que ponía: «que nadie entre aquí que no sepa geometría». Su nuevo amigo le iba enseñando el sitio con orgullo. “Eso es la biblioteca y aquello el comedor, ¿ves que tiene al lado la cocina?” Luego, la llevó la llevó hasta los dormitorios y le prestó ropa seca. Le costó un poco colocarse el «himation», como los había llamado Espeusipo, pero cuando salió de allí, Irene parecía uno más de los estudiantes.

Hicieron muchas pequeñas tareas por toda la academia y, antes de irse a dormir, rellenaron unas vasijas que había en una esquina de los dormitorios. Aunque estaba en un sitio extraño, Irene cayó dormida casi de inmediato, deseando que al despertar todo hubiera sido un sueño.

Un ruido ensordecedor la sobresaltó, despertándola de forma brusca. La alarma sonaba incansable como todos los días. “¡Maldito despertador! ¡Nunca puedo librarme de ti!” gritó con rabia. Las exclamaciones ahogadas que escuchó

a su alrededor la hicieron abrir los ojos de golpe. ¡Todavía estaba en La Academia! Claramente sonrojada se encogió y se tapó con las mantas del «kline»¹ hasta la nariz. Todos a su alrededor se deshicieron en carcajadas y luego siguieron a lo suyo como si nada hubiera pasado.

“¡Vamos Irene! Hay que levantarse o nos quedaremos sin desayuno”.

Espeusipo, que parecía lleno de energía por la mañana, la ayudó a doblar la manta. “Por cierto, ¿qué fue lo que dijiste antes? Algo de un «deprelador»”.

“Me refería al despertador” dijo señalando la vasija de la esquina.

“Aunque nunca había visto uno como este”.

“¡Es un invento de mi tío! ¡Qué nombre más curioso le has puesto!” dijo entre risas. “Es normal que no lo hayas visto antes. Ven, te lo enseñaré”.

Irene se acercó a la torre de vasijas con curiosidad.

“Mira, esto de aquí arriba es una «clepsidra», sirve para medir el tiempo. ¿Ves las marcas? Utiliza agua que se cuela por este otro agujero. Así sabemos cuánto duran las clases o cuánto tiempo libre tenemos para descansar. Es un sistema muy práctico”.



¹ El *kline* (del griego κλίνη, y en plural klinai) es un antiguo tipo de mueble, una especie de diván o sofá que utilizaban los antiguos griegos y más tarde los etruscos y romanos durante sus simposios o sus equivalentes en la sociedad romana, los *convivia*.

“Sí, parece útil. Pero, no fueron las gotas de agua al caer lo que me despertó, sino ese ruido infernal. ¿Cómo hace ese sonido?”

“Pues con los dos recipientes que tiene debajo. Cuando el segundo se llena de agua, como está sellado, el aire que había dentro no puede salir y va hacia el tercero, que está debajo. Entonces, el aire sale por este pequeño jarro de barro, que tiene un agujerito en la parte de arriba que hace ese ruido. Es como un silbato”. Irene le miraba con la boca abierta observando la torre de jarros incrédula. “Como hace mucho ruido, nos despertamos al momento. Así no desperdiciamos el tiempo. Por cierto, hablando del tiempo, como no nos demos prisa llegaremos tarde a clase y mi tío me regañará, es el maestro”.

Tras coger apresuradamente un trozo de pan con higos secos y un poco de vino aguado se dirigieron hacia un claro del bosque de Academo, donde les esperaba el maestro sentado en un banco de piedra rodeado de estudiantes. El ambiente era sereno, entre los olivos y el murmullo del río Cefiso.

La clase comenzó con un diálogo sobre la naturaleza y el bien, temas que el maestro consideraba fundamentales para tener una vida plena. Los estudiantes escuchaban atentamente, interviniendo con preguntas y comentarios. Él los guiaba con paciencia, utilizando su método socrático para ayudarlos a reflexionar.

Después de unas horas de relajada discusión, se levantaron muy animados y se dividieron en grupos. Algunos estudiantes se preparaban para una carrera corta, mientras otros se estiraban y calentaban antes de participar en un combate de lucha libre. Las actividades estaban acompañadas por risas y gritos de aliento, creando un ambiente vibrante y lleno de energía. Irene no se decidía en qué participar, así que se quedó un poco rezagada. “El ejercicio no solo fortalece el cuerpo, sino que también enseña la importancia de la disciplina y el esfuerzo. Un cuerpo fuerte y sano contribuye a una mente clara y capaz”. El maestro se le había acercado y la animaba a unirse a las competiciones amistosas con una sonrisa.

“¡Platón, deja de filosofar y únete a la lucha, que somos impares!”

“¡Ya voy, Aristóteles!” gritó levantando la mano hacia su alumno.

“Puedes ser nuestro árbitro si quieres” apuntó con voz queda dirigiéndose a Irene, que se había quedado mirándolos. Estaba segura de que había escuchado esos nombres antes, pero no recordaba dónde.

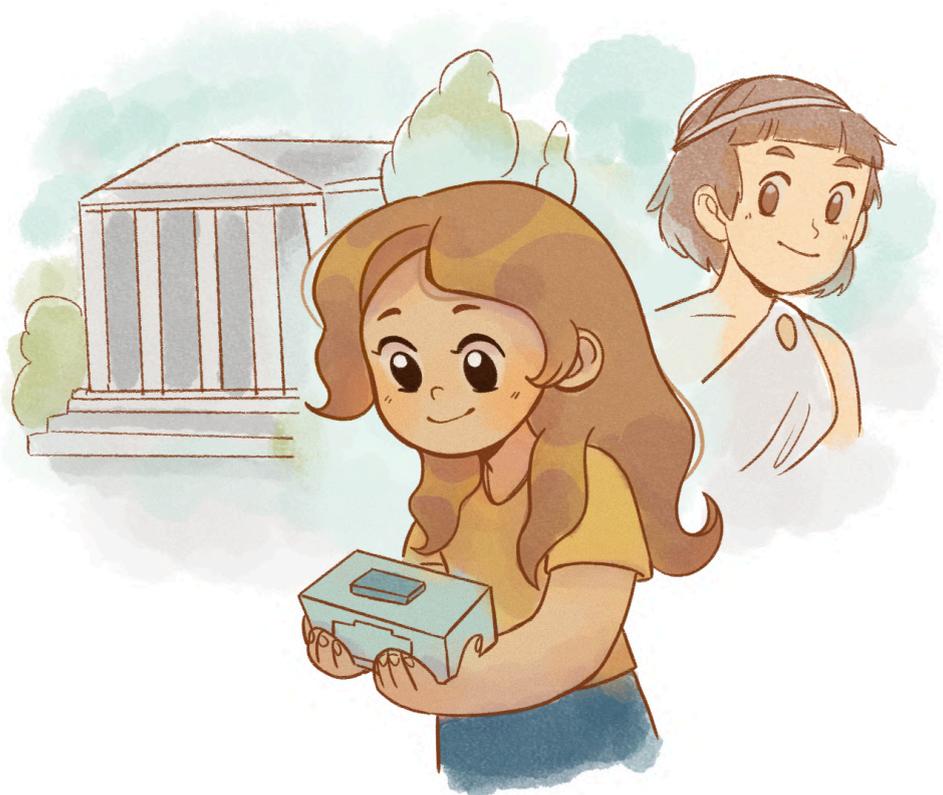
Menos mal que no la invitaron a enfrentarse a ellos, menudos músculos, ¡eso sí que era estar en forma! Pasó un rato divertido mediando en las peleas y, tras un rato de ejercicio, la clepsidra marcó que era la hora de hacer una pausa para comer. Espeusipo se sentó a su lado y compartió con ella unas aceitunas. ¡Qué ricas estaban! Pero como no estaba acostumbrada a comerlas con hueso, se

atragantó.

Comenzó a toser para tratar de respirar, pero no había manera. ¡Se estaba ahogando! Desesperada empezó a manotear al aire hasta que sintió que alguien la cogía de la mano y tiraba de ella golpeándole la espalda. Por fin logró desencajar el hueso de su garganta que cayó entre los pies de su madre en el suelo adoquinado.

Estaba empapada de cintura para arriba, por haber caído en la fuente, pero se alegraba de estar de vuelta en el Atenas moderno.

Siempre le quedaría la duda de si su pequeña aventura había sucedido de verdad. Pero desde entonces ya no se levantaba de mal humor pues el sonido del despertador le recordaba la aventura vivida junto a su amigo Espeusipo en la Academia de Platón.



11

El secreto del Olivo

Dursaliye Şahan



Un pequeño gorrión saltaba alegremente entre las gruesas y frondosas ramas de un árbol cuando, de repente, se topó con un mirlo.

“¿Quién eres tú?” preguntó el gorrión.

El mirlo se detuvo ante la pregunta del gorrión, para descansar y conversar un poco.

“Normalmente nos llaman simplemente «ave»” respondió.

“¿Ave? ¿Como las aves de corral? Pero, ¡ellas son enormes! Tú eres pequeñito”.

“Justo lo que iba a decir. Nuestro verdadero nombre es «mirlo común», pero la gente nos llama de muchas maneras. Por ejemplo, a los machos a veces se les dice «merula», a las hembras, en cambio, «zorzal». Y a los que tienen el pecho blanco se les llama «mirlo capiblanco». En algunas regiones, nos llaman simplemente «mirlas»”.

“Ah, ¿sí? Bueno, encantado de conocerte, pájaro con muchos nombres”.

“El gusto es mío” respondió el mirlo con una sonrisa.

“¿Puedo preguntar qué haces aquí?” preguntó el gorrión con curiosidad.

“Estaba buscando un buen árbol donde construir mi nuevo nido, cerca de buenos vecinos”.

El pequeño gorrión replicó:

“¿Por qué querrías hacer tu nido aquí? Mi mamá me contó que hay un bosque precioso un poco más allá. Allí podrías encontrar todo tipo de vecinos”.

El mirlo agitó su pico amarillo hacia adelante, diciendo:

“Qui-, qui-, qui-, quiero estar cerca de esos olivos que se ven ahí abajo. A nosotros, los mirlos, nos encanta comer aceitunas”.

El gorrión infló sus plumas, molesto.

“Pero, ¿cómo dices eso? Si los mirlos os coméis todas las aceitunas, ¿qué les quedará a los agricultores que las cultivan? La verdad es que no creo que eso sea justo. De hecho, ¡me parece una total injusticia!”

El oscuro mirlo soltó una pequeña risa.

“Admiro tu sinceridad” dijo. “Pero, ¿no sabes que tenemos un secreto?”

El pequeño gorrión, con un poco de desdén, preguntó:

“¿Qué secreto? ¿Y qué tiene que ver con lo que estamos hablando?”

El mirlo le respondió:

“A los olivos también les gustan los mirlos”.

El pequeño gorrión aleteó con incredulidad.

“¡Chip, chip, chip! ¡Deja que me ría! ¿Os coméis su fruto y aun así os quieren? ¡No hay quién se lo crea!”

“Pues deja que te cuente nuestro segundo secreto: los agricultores que cultivan esos olivos también nos quieren”.

El gorrión entrecerró los ojos y preguntó:

“¿Te estás burlando de mí?”

“¡Claro que no! ¿Quieres que te explique por qué nos quieren tanto?”

El gorrión estaba a punto de abrir las alas para alzar el vuelo, pero la curiosidad le hizo cambiar de opinión.

“La verdad es que esta conversación estaba empezando a molestarme, pero ahora tengo curiosidad por saber cuál será tu explicación”.

“¿Sabes cómo comemos las aceitunas?”

“¿Cómo voy a saberlo? Soy tan sólo un pequeño gorrión”.

“Pues arrancamos las aceitunas de las ramas cuando están maduras y tienen un precioso color negro y nos las tragamos enteras, incluido el hueso”.

“¿Sin siquiera escupir el hueso?”



“Sí, sí”.

“Suenas muy bien” dijo el gorrión sarcásticamente.

“Es que nos encanta el sabor de las aceitunas”.

“¿Es por eso por lo que los mirlos tenéis un color tan oscuro?”

“No lo creo... Los machos son negros como las aceitunas, pero las hembras son de un color grisáceo. Algunos tienen incluso la cabeza amarilla...”

“Mmm... Bueno, volvamos al tema. Veamos por qué los olivos os quieren tanto”.

“Sí, si tienes paciencia, te lo explicaré. Cuando tragamos las aceitunas, la parte carnosa se digiere en nuestro buche y en nuestro estómago. El hueso, en cambio, no lo podemos digerir, aunque sí lo hacemos menos duro”.

“¿Cómo es posible eso? No lo entiendo”.

“Pues porque, al igual que muchos otros seres vivos, nuestros estómagos producen ácido. Y este ácido ayuda a descomponer los alimentos”.



“Vale, vale. Continúa, por favor. ¿Qué pasa después?”

“Lo que pasa después es que esos huesos de aceitunas salen de nosotros. ¿Y? Y caen al suelo. Y, como todos saben, todas las semillas desean encontrar la tierra”.

El pequeño gorrión comenzó a piar impaciente:

“Ay, ¡qué lento lo cuentas todo!”

“Cuando esos huesos de aceituna caen al suelo se ponen muy felices porque, una vez bajo tierra, brotan rápidamente. ¿Y qué sucede cuando brotan? Sacan la cabeza de la tierra y empiezan a crecer pequeños retoños de olivo”.

“¿Y a continuación qué pasa?”

“Que cada año esos nuevos olivos producen cientos o incluso miles de aceitunas nuevas”.

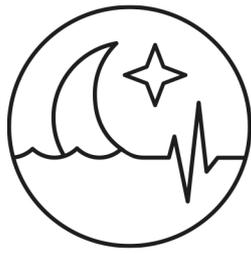
El pequeño gorrión se quedó pensativo. Por un momento, no supo qué decir. Miró de reojo al mirlo negro, al cual había subestimado antes, y dijo:

“Mmm, creo que ahora lo entiendo. Yo también puedo querer a todos los mirlos, al igual que los olivos”.

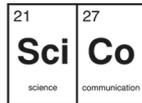
“Gracias” respondió el mirlo con una sonrisa.

“Nuestro nido está en esa rama de arriba. Si quieres, puedes hacer tu nido cerca del nuestro. Puedes incluso invitar a tus amigos” añadió el gorrión.





MEDNIGHT



**Funded by
the European Union**

Mednight has received funding from the European Union's Horizon Europe research and innovation programme under the Marie Skłodowska-Curie grant agreement No 101162227



Esta edición especial “Junior” de “Los Cuentos de la Mednigth” invita a lectores de hasta 12 años a explorar las maravillas de la ciencia mediterránea a través de historias cautivadoras e ilustraciones vibrantes. Nuestro objetivo es inspirar el amor por el descubrimiento y fomentar el espíritu científico desde una edad temprana, todo mientras celebramos la singular cultura mediterránea que nos une. La ciencia está en todas partes, desde las espectaculares costas hasta las bulliciosas ciudades de la cuenca del Mediterráneo. ¡Descubramos qué es lo que nos hace únicos y a la vez en conexión como parte de esta maravillosa región!